

Inazio Mujika

TIEMPO DE CEREZAS



En plena contienda civil, un anarquista y un cura se compinchan para liberar a un arzobispo detenido por milicianos de la CNT

A partir de ahí, el autor conduce la narración por una serie de sucesos y ficciones que entre la comedia y el drama, retratan con vivos colores la situación de la época.

El lector avanzará de sorpresa en sorpresa hasta un desenlace que le dejará una sonrisa en los labios y un cierto sabor acre en la garganta.

inazio.
mujika iraola

tiempo de cerezas



Inazio Mujika Iraola

TIEMPO DE CEREZAS

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

*Quand nous chanterons, le temps des cerises
Et gai rossignol, et merle moqueur
Seront tous en fête!
Les belles auront la folie en tête
Et les amoureux, du soleil au coeur!
Quand nous chanterons le temps des cerises,
Sifflera bien mieux le merle moqueur.
Mais il est bien court, le temps des cerises.*

JEAN BAPTISTE CLÉMENT, 1866

I

Yo GEMÍA AL COMPÁS DEL MOVIMIENTO de Carmen, que subía y bajaba a horcajadas sobre mí, cuando oí los golpes en la puerta, seguidos de un timbrazo y, después, de una voz, hasta que todos los sonidos terminaron por fundirse en uno solo: “¡Abre!”. Apreté con fuerza las nalgas de Carmen. “EL timbre”, le avisé entre jadeos. “Sí, sí”, me respondió brincando sobre mí y, como espoleada por mi apretón en sus nalgas, me cabalgó más aprisa. “¡¡¡Voooy!!!”.

Me sentí como si una violenta pesadilla me hubiera despertado en mitad de la noche. Me levanté, busqué a tientas los calzoncillos y, con ellos en la mano, me precipité hacia la puerta, también a tientas y tropezando con todo lo que me salía al paso: “¡Voy!”. Me puse los calzoncillos junto a la puerta, en el preciso instante en que el timbre sonaba de nuevo: “¡Abre, Andrés!”.

—¿Quién es?

—Un “tripa larga”...

“No puede ser”, pensé, reviviendo los malos presagios que me había traído el encuentro de aquella tarde, y abrí la puerta. Allí estaba él, con una sonrisa en los labios. Me sentí confuso, como si de pronto hubiera caído en un pozo de agua fría. “Vístete rápido”, me dijo. Yo me llevé las manos a la entrepierna, a pesar de que llevaba puestos los calzoncillos.

—¿Qué quiere? —le pregunté en aquella ridícula postura, con un tono que pretendía ser de enojo y no lograba transmitir sino temor.

—¡Vais a necesitar a alguien de más talento que tú para sacarme a mí las tripas!

No hablaba con resquemor, sino sereno y sonriente.

—¿Y ha venido a decirme eso? Bueno, pues ya me lo ha dicho... Y ahora, buenas noches... —Intenté cerrar la puerta.

Su pié me lo impidió.

“¿Quién es, compañero?”, preguntó en ese momento Carmen desde el dormitorio.

—Nada, un amigo —respondí.

—¡Un amigo cura, compañera! —añadió don Román, que mantenía abierta la puerta con su pie mientras estiraba el cuello hacia el interior.

Carmen estaba ya en la puerta del dormitorio, con una sábana que le cubría a medias los pechos como única indumentaria.

—¿Un cura? —preguntó Carmen, perpleja.

—Sí, así lo llamábamos en la escuela: El Cura —asentí, nervioso.

Fue lo único que se me ocurrió.

—Un apodo simpático, ¿no te parece, compañera? —le preguntó, sonriente, don Román—. Ahora, algunos me llaman también Tripalarga... —Pronunció la palabra “algunos” con la mirada fija en mí, como si quisiera subrayarla.

—El Cura, Tripalarga... ¡Mierda para la Virgen! ¡Esos no son nombres para un libertario! ¡Suprimiremos todos esos mote el Gran Día de nuestra victoria!

—Vete al cuarto, Carmen. Yo iré enseguida.

—¡Salud, compañero! —saludó Carmen, puño en alto, antes de cerrar la puerta del dormitorio tras de sí.

Entonces comprendí, como si una violenta pesadilla me hubiera despertado en mitad de la noche, que don Román aún continuaba en la puerta y que yo iba a pasar un buen rato aún sumergido en un cubo de agua helada.

Lo conduje a la cocina, y fui a buscar mis pantalones.

–Usted va a causarme la ruina, don Román –le dije, mientras le señalaba la silla al mismo tiempo que me vestía los pantalones, manteniendo a duras penas el equilibrio.

El rechazó con un gesto la silla que le ofrecía, mientras me repetía: “Vístete rápido, ¡no tenemos tiempo que perder!”.

–¿Para qué no tenemos tiempo que perder?

–¡Vámonos!, a ver si logramos lavar tus descomunales pecados. ¡Aunque nos va a costar Dios y ayuda!

–¡Yo no tengo pecados que lavar! –me envalentoné.

Tomó un cuchillo del cajón de la mesa de la cocina y me lo puso en la mano.

–Aquí tienes el cuchillo, y aquí dentro las tripas, ¡ya sabes lo que tienes que hacer! –y se abrió la camisa a la altura del vientre.

Hacía mucho que no había visto a don Román de paisano. Aquella tarde se me había hecho raro ver su esbelta figura con esa indumentaria en el bar Sabigain de las Siete Calles. Ni siquiera recordaba la elegancia de su porte sin la sotana.

–No quería decir eso, don Román. Me han obligado. ¡Usted lo ha visto! –me disculpé, al tiempo que depositaba el cuchillo sobre la mesa.

–¡No, tú no querías decirlo! –corroboró, mientras se abotonaba de nuevo la camisa–. Tú no tienes cojones. Para decirlo, sí, ¡pero no para hacerlo!

–¿Qué quiere que haga? –le pregunté, con la mirada clavada en las baldosas del suelo.

–¡Vamos a San Sebastián! ¡Ahora!

–¿A San Sebastián? –Alcé la mirada en el acto–. ¿Qué se me ha perdido a mí en San Sebastián?

–No se te ha perdido nada. Pero ganarás algo: una oportunidad de arrepentirte y regenerarte.

–No me arrepiento de nada, y yo ya me he regenerado. Ahora soy de la CNT... –me salió, con orgullo, tras un silencio cargado de significado.

–Sí, y antes de la congregación de los Luises. Y catequista en el pueblo, y monaguillo, y adorador de la Virgen de Begoña...

Le hice un gesto para que hablara más bajo.

Cuando le pregunté qué había en San Sebastián de tanta importancia, me respondió que era preciso liberar al arzobispo de Valladolid. “¿Un obispo?”, me sorprendí. No un obispo, sino un arzobispo, y vasco, además. “Ni aunque fuera de la Cochinchina, a quién se le ocurre”. Me aclaró que lo tenían preso en los calabozos de la CNT, en San Sebastián. Al parecer, había venido, como todos los años, a veranear en San Sebastián, y la guerra lo sorprendió mientras se trataba de una

afección cardíaca en la clínica del doctor Oreja. Al poco tiempo, mis amigotes lo habían arrestado; así mismo me lo dijo: “Tus amigotes”. “Mala suerte”, le respondí yo. Lo sentía mucho, pero no podía hacer nada. Me insistió para que lo acompañara, aunque más no fuera, por las andanzas que habíamos compartido de jóvenes. Le dejé bien claro que yo no me iba a mover de Bilbao ni por nuestras andanzas de juventud ni por María santísima...

–Entonces...

–Entonces, ¿qué? Adelante... –y abrí la ventana de la cocina, envalentonado como un gallo de pelea–. Dilo, anda, di que de niño fui de los Luises, o monaguillo de un cuervo. ¡Esos son historias del pasado! ¡Historias que vosotros, los cuervos, nos hacíais tragar con embudo!

–Y sin embargo puede que le interesen al mirlo blanco que está en esa habitación de ahí al lado...

Hizo ademán de dirigirse al dormitorio. “¡Compañera!”, gritó. La cresta se me deshinchó al instante. Cerré la ventana y lo cogí por el codo mientras le pedía que se callara, ¡por Dios!

–¡Vaya! ¡Así que aún te acuerdas de Dios de vez en cuando! Y es que –remachó, irónico–, ¿cuándo dejaste el seminario de Comillas? ¿Hace ahora tres años? ¡Y en vísperas de cantar misa! Pero claro, eran cosas de niños...

Carmen apareció en la cocina, en bragas y con los pechos al aire.

—¿Qué queréis?

—Nada, Carmen. Don... esto, Tripalarga, que quería un café.

—¡Ah, o sea que era eso! Pues ahí lo tenéis... en el armario de arriba —y se marchó de nuevo al cuarto—. ¡Porque no pensaríais que os lo iba a preparar yo!

—Tranquila, Carmen, lo haremos nosotros.

Saqué la achicoria del armario y me puse a preparar café. —Yo no voy a ninguna parte —le dije en un susurro, sin la menor firmeza.

—Entonces iré yo.

—Haga usted lo que quiera.

—Pero no a San Sebastián. ¿Dónde está vuestra sede? Al lado de aquel bar de las Siete Calles, ¿no? ¡Tal vez mis tripas den también para colgarte a ti!

AQUELLA TARDE habíamos estado en el Sabigain, de las Siete Calles, el bar contiguo a la sede. Tras una reunión, nos sentamos todos alrededor de una botella de vino. Fructuoso era el más vehemente. El tema se había suscitado en la reunión: la experiencia nos decía que debíamos tener en cuenta que podía haber infiltrados en la organización; que anda mucho meapilas por ahí. Fructuoso me miraba mientras decía eso. No sé qué tenía contra mí. O quizá sí. Quizá lo que le pasaba era que apenas sabía nada sobre mi pasado. El, sin embargo, aseguraba que era libertario desde los catorce años. Añadía que pululaba por ahí mucho militante de conveniencia, que cambiaba de carnet como la veleta con el viento, y que si cambiaban las tornas, sería la organización la que lo pagara: los auténticos militantes libertarios.

La cuestión se había suscitado, como en otras muchas ocasiones, al comentar un suceso que, en los albores de la guerra, había corrido por Bilbao de boca en boca. Según se decía, dos curas de una parroquia se habían confabulado para camuflar bajo el altar mayor un depósito de armas y explosivos. Uno de ellos organizaba a diario algún funeral. Introducía las armas en el ataúd, y enterraban éste en el

cementerio. Un grupo de falangistas acudía de noche a llevarse las armas de la sepultura. El otro cura, entretanto, liberado de las tareas eclesiásticas y vestido como un miliciano, se había infiltrado en la sede de la FAI de otro barrio, y pasaba a los falangistas información relativa a los militantes e instalaciones. Preparaban un atentado contra aquella sede.

Fructuoso había descubierto el ardid. Receloso ante tal proliferación de funerales, un día le pidió al cura que abriera el féretro. Este se negó, y algunos miembros del PNV se arremolinaron a su alrededor secundándolo en su negativa, al tiempo que preguntaban a Fructuoso quién le había dado autoridad para abrir el ataúd. Fructuoso se llevó la mano a la pistolera para indicar que su autoridad procedía de allí, mientras repetía la orden de abrir la caja. Por fin la abrieron, y así se descubrió toda aquella patraña. Arrestaron al cura, y, por medio de él, también al falso miliciano; y, aunque los falangistas escaparon, fue desmantelada toda su infraestructura.

Fructuoso estaba orgulloso de aquella acción, y se mostraba ansioso por realizar otras semejantes; se sentía victorioso, y presumía contando cómo había dejado a los dos curas en manos de los de la FAI, para que hicieran con ellos lo que quisieran. Los de la FAI los llevaron a un bosque del Pagasarri, y según se dice les hicieron comer una buena porción de hostias. Los curas se esforzaban en vano por tragarlas, cuando los

milicianos los mataron allí mismo de dos tiros, y les colgaron sendos carteles del cuello: “Murió por empacho de hostias”.

De ahí en adelante, descubrir por todas partes “meapilas” infiltrados se convirtió en una obsesión para Fructuoso. Decía que era mejor localizar la cizaña y arrancarla de raíz que llorar cuando se ha echado a perder el maíz. A Fructuoso le encantaba el lenguaje campesino; no porque él fuera labriego, sino porque deseaba atraerse a los campesinos. O eso era, al menos, lo que él decía. “Necesitamos a los campesinos aquí, a nuestro lado. ¡De lo contrario, se irán con esos jebos nacionalistas o con los boinas rojas carlistas! Incluso el árbol del bosque se inclina hacia la luz”. Y, según él, nuestro objetivo principal consistía en atraer a aquellos árboles hacia nuestra luz.

Amancio no era de la misma opinión. A su juicio, lo que se precisaba era gente con cabeza, bien preparada y con estudios y que llevara profundamente grabada la doctrina de los libertarios. A su entender, podía más un libro bien escogido – cualquiera de los de Koprotkin, por ejemplo– que todos los cargamentos de dinamita que fuera posible reunir. Amancio, por lo demás, era un enamorado de la vida, ferviente partidario de gozar de ella tal como viniera: gota a gota, a tragos o a borbotones. Había nacido en Trincherpe, al lado de San Sebastián. Sus padres eran emigrantes gallegos. Se marchó a Francia muy joven, debido a que, tras haber participado en una huelga, nadie le quería ofrecer trabajo, y vivió en París,

trabajando de día como linotipista en una imprenta y estudiando por la noche. De nuevo en Bilbao, se integró en nuestro grupo al estallar la guerra, y bastó que mencionara sus estudios para que Fructuoso lo dedicara inmediatamente a tareas de secretaría.

En efecto, fue Fructuoso quien organizó nuestro grupo. Y únicamente con integrantes vascohablantes. Los demás compañeros nos llamaban, precisamente, Los Vascos. En su juventud, Fructuoso, convencido de que constituía un obstáculo para el progreso social, se mostró como un acérrimo enemigo del euskera; pero, a medida que cobraba fuerza en él la idea de atraerse a los campesinos, fue usando su idioma materno cada vez con más frecuencia, a pesar de que ya lo tenía bastante herrumbroso. Gustara o no, había que dirigirse a los campesinos en su idioma.

Éramos cinco en total: Amancio, Getru, Carmen, Fructuoso y yo. Hubo otro que estuvo a punto de unírseos, un joven que estudiaba en Salamanca, pero Fructuoso se lo impidió. Para él, ya estábamos bien servidos de estudiantes. “¿Qué clase de revolución vamos a hacer con una cuadrilla de estudiantes blandengues? Y educados en Francia, además”. Según él, éramos capaces de emplear el tiempo necesario para hacer la revolución en cambiar pañales. Y entonces miraba a Amancio, por si cupiera la más mínima duda respecto a quién se estaba refiriendo. Afirmaba que el estudiante sólo tiene tres cosas en la cabeza: follar, follar y follar.

El mismo nos convertiría en verdaderos libertarios, excelentes ejemplares capaces de resistir sin sonrojo la comparación con cualquiera. Para empezar, había entre nosotros quien no blasfemaba lo suficiente. Y qué era un libertario que no blasfemaba, que no maldijera contra lo más sagrado. Nada. Una uva silvestre. El nos enseñaría el método adecuado para dar con los meapilas infiltrados. El camino de nuestra instrucción. Debíamos practicar. Trabajo de formación. ¿O acaso no era eso lo que Amancio repetía una y otra vez?

—Remigio —llamó al tabernero—, saca vino a discreción. ¡El vino estimula la blasfemia!

Carmen pronunció, entre risas, la primera.

—¡Yo me mearé en la pila de agua bendita de San Nicolás, para que los zampahostias se santigüen con mi orina!

La ocurrencia provocó una sonora carcajada, y Carmen, ufana, me besó con expresión juguetona. A juicio de Fructuoso, sin embargo, estaba bastante bien, pero no bastaba. Había que golpear más fuerte: “Para talar un roble no basta una navaja”. Amancio entonces declaró que él se la cascaría hasta llenar de esperma el más divino de los copones, para que los curas pudieran blanquearse los dientes con esa hostia líquida.

La ocurrencia de Amancio arrancó la primera sonrisa a Fructuoso.

–¡Eso no es nada! Yo también me lo bebería a gusto, sin necesidad de ser cura –exclamó Getru, sentada en el regazo de Amancio.

–Ya os había dicho yo lo que hay en la cabeza de un estudiante... Tiene que salir algo más fuerte...

–Pues dilo tú –replicó Amancio, asqueado de no hacer nada

–¡Yo me cagaré en el regazo de la Virgen, para que el niño coma mierda!

Fructuoso, plenamente satisfecho tras su blasfemia, miró a Getru, que seguía sentada en el regazo de Amancio.

El juramento de Fructuoso provocó grandes carcajadas. Yo, sin embargo, estaba inquieto. No me sentía cómodo oyendo todo aquello. Había roto todos los lazos que me ataban al pasado; pero algo en mi interior sentía asco ante lo que estaba presenciando aquella tarde. Tal vez se debiera a la tosquedad con que se representaba esa ruptura. Yo quería hacer la revolución, sí, pero no así.

–¡Todo eso no es más que caca y pis y lechada! ¿Es que la cabeza no os da más que para eso? –alivié mi malestar.

–¡Eso, eso, mejóralo, compañero! –aplaudió Carmen.

A Fructuoso, por el contrario, no le gustó nada mi intervención. Me clavó a la pared con una afilada mirada.

–¡El que no habla más que de mierda es porque no tiene en la cabeza más que mierda!

Fructuoso estaba cada vez más encrespado.

–Todavía no has dicho nada, compañero –estalló–. ¿No serás tú uno de esos meapilas?

–¡Venga, Andrés, suelta una! –me animó Amancio.

–¿Dónde has dejado el libro y la doctrina, Amancio? –le reproché.

Entonces fue cuando vi a don Román, de paisano y con una sonrisita bajo su chata nariz, sentado a una mesa en un rincón de la taberna y alzando en la mano un vaso de vino hacia mí en señal de brindis.

Me puse nervioso. Era incapaz de prestar atención a las palabras de ánimo del grupo. Era incapaz de mirar el rostro enrojecido de Fructuoso. Mis ojos permanecían clavados en el vaso que don Román alzaba para brindar.

Hacía al menos un año que no lo veía. Vino al pueblo inmediatamente después de cantar misa, como coadjutor. Y lo destinaron como canónigo a Valladolid el verano anterior a que estallara la guerra.

Era un año mayor que yo, pero nos habíamos criado juntos desde muy niños. En el pueblo todos creían que era yo el escogido para el sacerdocio. Don Román pasó un año prodigioso antes de entrar en el seminario. Fue boxeador en

Madrid, y parece que llegó a enfrentarse a algún púgil de renombre. Pero, apenas comenzó a extenderse su fama como boxeador, lo dejó todo e ingresó en el seminario de Comillas, al mismo tiempo que yo. La gente del pueblo decía que no duraría mucho en ese camino, puesto que quien ha probado las mieles de la vida acostumbra a añorarlas. Sostenían que el idóneo para el sacerdocio era yo, no él.

Sin embargo, fue él quien se ordenó, y no yo. No sé por qué ocurrió así, lo que sé con certeza es que entonces yo aún no era anarquista. Fue Amancio quien me contagió la nueva fe; él acababa de llegar de Francia, y yo trabajaba para aquel cerdo del panadero. El caso es que, tras cantar misa, quien hasta entonces había sido Román pasó a ser don Román, y comencé a tratarlo de usted. Además, él nunca me indicó lo contrario. Tengo para mí que le agradaba el tratamiento.

—Repite lo que he dicho yo, si es que no te sale nada nuevo, compañero —le oí entonces a Carmen.

Mi mirada pasó de don Román y su vaso al rostro desazonado de Carmen, que me rodeaba el cuello con los dos brazos. No podía fallarle. Fructuoso desenfundó entonces su pistola y la levantó muy despacio hasta la altura de mi frente.

—¡Aparta de ahí, Carmen! —le ordenó.

—¡Andrés, di algo! —me urgió Carmen, sacudiéndome los hombros.

–¡Aparta de ahí, compañera! –Fructuoso había cerrado un ojo como para apuntar–. Tranquilo, Remigio –le dijo al tabernero–, de mil amores te limpiaré la pared después. Y luego te daré los sesos de este mierdilla para que los cocines al pil–pil.

Carmen estaba blanca. Se hizo a un lado, y Fructuoso y yo quedamos frente a frente, yo en su línea de tiro.

–Yo...Yo...

–¿Tú, qué?

–Yo... ¡Acuchillaré al primer cura que vea y le sacaré las tripas! ¡Y con sus intestinos haré un lazo para colgarlo de un árbol del Arenal!

–¡Este es mi Andrés! –Carmen se me lanzó al cuello y me besó en la boca.

Fructuoso enfundó la pistola, y yo, con los labios de Carmen aún en los míos, busqué a don Román con la mirada.

Su silla estaba vacía y el vaso de vino medio vacío. La puerta de la calle batía contra el quicio.

3

–UNO. NO QUIERO OÍR SERMONES. DOS. Mando yo. Tres...

Comencé a enumerarle las reglas una por una, a medida que se me iban ocurriendo.

–Yo creía, Andrés, que vosotros queríais vivir sin jefe y sin dios.

–Esa es una norma para los libertarios. Para usted, yo soy el jefe.

–¿Tres...? –quiso saber.

–Tres. Aquí yo seré el que hable. Usted, mudo. Sólo puede decir “¡Viva Bakunin!”. Y cuatro. En el mismo instante en que liberemos al obispo, se acabó nuestro trato... ¡Para siempre!

–Está bien –aceptó, dándome la mano—. Cuatro reglas son poca cosa.

–Para quien está acostumbrado a cumplir diez, nada.

–¿Ves cómo aún te queda alguna mota blanca en ese negro corazón?

Le hice notar que acababa de quebrantar las reglas: nada de sermones. “Está bien”, repitió, “perdona”. Le comuniqué que

saldríamos a la mañana siguiente. Me preguntó por qué no entonces mismo; no había tiempo que perder. El obispo estaba enfermo del corazón, y a saber qué le estarían haciendo mis amigotes. Le advertí que no serían mis amigotes, sino yo mismo el que le sacaría las tripas, pero a él, no al obispo, si no me obedecía en todo. Lo primero era hacernos con papeles y gasolina. A no ser que quisiera ir a pie hasta San Sebastián.

Saqué del armario una gorra roja y negra de la organización, y un pistolón, parecido al mío, con su funda y todo. Acto seguido le ordené que se cambiara la elegante chaqueta que vestía. Se vistió una mía, más corriente. “ ¡Ahora sí que parezco el lugarteniente de Durruti!”, exclamó mirándose al espejo. Comprobé que le quedaba bien, y le rogué que se fuera a su casa hasta la mañana siguiente. Me dijo que no tenía a dónde ir. Que había pensado... en fin... si no era mucha molestia... Le dije que sí, que era mucha molestia... Y él, que en ese caso ya encontraría un rincón debajo de algún puente...

—Está bien —le dije, compasivo—. Puede echarse en ese sofá de la sala.

—¿Y tú?

—¿Cómo, yo?

—¿Es que vas a dormir con el mirlo blanco?

—Dormir no, ¡lo que voy a hacer es follar hasta el amanecer! —le respondí, encendido.

–¡No se cometerá pecado carnal bajo el mismo techo que me cobija! ¡Ni hablar!

–No es ésa una norma que haya cumplido usted estrictamente siempre –le recordé.

Y le mencioné los rumores que nos llegaban al pueblo en su época de boxeador en Madrid. Al parecer, tras cada pelea le esperaban a la puerta del hotel un montón de señoritas, para que tuviera dónde elegir. Se decía que sus combates más duros no los libraba sobre el cuadrilátero, y que aquella nariz achatada no era consecuencia de un mal golpe encajado en el ring, y...

–¡Está bien! Ve con Carmen... Pero no te excedas en el pecado carnal... Por lo menos no tanto como para que se oiga desde la sala...

Lo acompañé hasta la sala, y se quedó sentado en el sofá. Permanecimos un rato mirándonos en silencio. Alcé los hombros, como quien pregunta algo. Se encogió de hombros también él, con timidez. En vista de que no se desnudaba, le pregunté a qué esperaba, y él me respondió que no se desvestiría sabiendo que en la habitación contigua había una mujer desnuda. Le dije que hiciera lo que quisiera, pero que durmiera, por lo menos; como las gallinas sobre la percha, si quería, pero que durmiera; el día siguiente iba a ser muy largo. “Lo mismo te digo, Andrés. Que duermas bien!”, me dijo,

cargando la entonación en las últimas palabras para dejar clara su intencionalidad.

Le lancé una manta con tanta brusquedad que fue a golpear el teléfono colocado en la pared, sobre la mesa contigua al sofá, y derribó el auricular. Don Román se agachó, y esperé, con la mano en el interruptor de la luz, a que colocara en su sitio el auricular. Le apagué la luz. “Que duerma bien, y callandito”, y también yo cargué la entonación en la última palabra.

Salía ya de la sala cuando oí de nuevo la voz de don Román: “¡Andrés!”.

–¿Qué quiere ahora?

No encendí la luz. Imaginé en las tinieblas su sonrisa de niño.

–No te parece que ese tratamiento de usted... entre dos libertarios como nosotros...

–¡Vete a tomar por el culo! –y cerré de un portazo.

Entré en la habitación y, cuando me tumbé en la cama, Carmen se despertó.

–¿Quién es?

–Un amigo de la escuela.

–¿De verdad es cura?

Lo imprevisto de la pregunta hizo que mi corazón diera un vuelco.

–Carmen, ya te lo he dicho...

–¿Libertario?

–Y de los grandes. Lugarteniente de Durruti –inventé–. Imagínate, fue el propio Durruti quien le cambió el nombre; desechó su anterior nombre burgués, y le puso Liberto...

–Tripalarga, El Cura, ahora Liberto... ¡Vaya lío!

–Llámalo Liberto... –Sonreí para mí–. Ese es el nombre que le gusta.

–¿Qué quiere?

–Tenemos que llevar a cabo una acción secreta. Mañana salimos para San Sebastián.

–¿A San Sebastián? ¿Mañana?

–Sí; viene Durruti, y vamos a hacer frente a los fascistas con él.

Carmen permaneció en silencio un instante, ovillada sobre su lado izquierdo. Yo, tumbado boca arriba, miraba al techo, con la nuca apoyada sobre los dedos de ambas manos entrelazados. Echaba de menos el tabaco, pero había dejado la petaca en la sala, y prefería la abstinencia a oír otro sermón.

De pronto, Carmen se acercó a mí y, con su mano entre mis piernas, comenzó a acariciarme.

—Ahora no...

—Mañana no te veré... ¿Hasta cuándo?

—Una semana, como máximo.

Retiró la mano, y se quedó de nuevo en silencio. Al cabo de un rato, se incorporó en la cama y retiró las mantas.

—¿A dónde vas?

—¡Puede que ése de ahí fuera tenga alguna otra cosa larga, además de las tripas!

La cogí del codo, y la obligué a tumbarse de nuevo en la cama. Comencé a besarla y acariciarla.

Por si acaso.

ENTRE CARMEN Y EL ASUNTO DEL OBISPO, me resultó imposible pegar ojo. Un tanto aplacada ya la fogosidad de Carmen, el alba me sorprendió inmerso en mis cavilaciones, percibía los primeros rayos de sol que se filtraban por las rendijas de la celosía, oí el chirrido de la puerta de la habitación. Me incorporé en la cama, y allí estaba Román, vestido para salir a la calle: con la chaqueta que yo le había prestado, la gorra rojinegra en la cabeza y el pistolón al cinto. “Viva Bakunin”, dijo, con el puño en alto.

–¡Viva Bakunin, compañero! –le contestó Carmen, también incorporada en la cama, y a continuación me miró a mí, sin bajar aún el puño.

–Viva Bakunin, sí –dije sin ganas.

Cuando entré en la cocina, Román había preparado ya el desayuno. En el fuego, una infusión de achicoria, y sobre la mesa, dos panes blancos de estraperlo que yo me había procurado la víspera. Al parecer no había encontrado la mantequilla, y yo la saqué de la fresquera.

–Veo que también sabes moverte sin sirvientes, Román... –le dije con una sonrisa.

–Hay que procurar que reponga fuerzas quien se ha pasado la noche trabajando... –me respondió, burlón.

–Sin duda te resultará familiar esa clase de trabajo... Dispusiste de un año para probarlo...

Carmen apareció enseguida. Se había vestido mi camisa, sin nada más. Le dije que siguiera en la cama, que no hacía nada levantada a aquellas horas. Luego iría a decirle adiós. ‘Pero qué adiós ni qué niño muerto’, se indignó. Ella se venía con nosotros. Quería tomar parte en la acción. Porque no se me habría ocurrido pensar que, si Durruti venía a San Sebastián, ella se iba a quedar en Bilbao. Nos ayudaría a volar el Kursaal.

–¡Volar el Kursaal! ¡Quién te ha dicho que vayamos a volar el Kursaal!

–Bueno, si no es el Kursaal, alguna otra cosa será...

–Es muy peligroso, Carmen...

–No empieces ahora con paternalismos, compañero... Hay que ir, y yo iré.

Se me heló un “pero” en los labios.

–Claro que sí... –acababa de decir Román, mirándome—. Todos los brazos de los libertarios serán pocos para hacer saltar el Kursaal por los aires. ¡El propio Durruti nos lo agradecerá!

Lo miré como diciéndole: “Te voy a limpiar el forro aquí mismo”.

–¡Tú sí que me entiendes, Liberto! ¡A éste le falta mucho para ser un buen libertario! ¡Aún trata a las mujeres como los burgueses!

Carmen cogió por el cuello a Román y lo besó. En los labios. Acto seguido, se fue dando saltos a vestirse.

Perplejo aún por el beso, Román se santiguó, y tomó la taza en la mano. Empecé a contarle de dónde venía lo de Liberto. Pero me interrumpió la explicación, como si estuviera al corriente de todo.

–Se ve que esta noche has trabajado de lo lindo... –Revolvió los posos de achicoria en el fondo de la taza–: el Kursaal, Durruti, Liberto... –enumeró, mientras movía la cabeza de lado a lado.

–Y, por lo que veo, tú has tenido el oído bien atento...

–En los confesionarios hay que aguzarlo mucho.

–Pronto has empezado a quebrantar las reglas –cambié de tema, sin violencia–. El jefe era yo. ¿Recuerdas? No entraba en el trato que Carmen viniera con nosotros...

–¿No te das cuenta de que nos servirá de ayuda...?

Iba a contestarle algo; seguramente que no quería en absoluto mezclar a Carmen en nuestros asuntos; que yo estaba

renaciendo: me hallaba en el umbral de una nueva vida, y quería que Carmen fuera mi única compañera en esa nueva vida; pero, antes de que acertara a decir nada, la propia Carmen se presentó en la cocina, vestida con el mono azul y la gorra rojinegra de la organización en la cabeza. Ella ya estaba lista. Ambos se me quedaron mirando. Cuando, sentado a la mesa con la taza en una mano y un mendrugo de pan en la otra, percibí sus miradas, bajé la mía a mis piernas. Estaba en calzoncillos.

—Enseguida estaré yo también —dije, y, tras beber de un trago el resto de achicoria, me precipité a la habitación.

Mientras me vestía, oí gritar a Román: “Date prisa, compañero, que no tenemos tiempo que perder”. Casi tartamudeaba. “Jódete”, pensé, y continué vistiéndome más despacio. “¡Compañero, por Dios...!”. Agucé el oído. Ahora era Carmen la que gritaba: “¿Qué has dicho?”. E inmediatamente: “¡Viva Bakunin! ¡Viva Bakunin!”. Me acerqué a la cocina metiéndome la camisa en el pantalón. Román, acurrucado en una esquina de la cocina, se protegía con el brazo levantado como si temiera recibir un golpe. Carmen estaba casi sobre él, amenazante.

—Ya ves por qué le llamamos El Cura... —Fue lo primero que se me ocurrió—. ¡Cuando se ve en aprietos, le viene dios a la lengua! Pero, por lo demás, es un buen tipo... Lugarteniente de Durruti.

–¡Otro que de libertario tiene el nombre! –exclamó Carmen, defraudada, mientras se ataba las tiras que sujetaban el peto del mono—. ¡Mierda para la Virgen! ¡Sólo quería abrocharle el botón de la camisa, y no sé qué se ha pensado! ¡Mierda para la Virgen!

“Vamos”, los apremié, y Carmen salió la primera, con el máuser al hombro y aire ofendido. Román se me acercó, apurado aún, abotonándose el cuello de la camisa, y me dijo en voz baja: –Quizá no haya sido una buena idea que Carmen venga con nosotros...

–Buena no, Román, buenísima... Al menos ha servido para despertarte tus instintos, que los tenías amodorrados.

DURANTE TODO EL TRAYECTO hasta las Siete Calles, traté de desalentar a Carmen. La nuestra era una acción secreta y, por favor, en la sede ni pío. Si en Bilbao llegaban a enterarse de lo que pensábamos hacer en San Sebastián, pronto se sabría en toda Vizcaya y en todo el País Vasco, y si se sabía en todo el País Vasco, también llegaría a oídos indebidos, y ahí se acabarían nuestro secreto, la guerra y la revolución. Y si eso era así, qué clase de guerra estábamos haciendo. Carmen siguió mi razonamiento en completo silencio, y asintió a todo, asustada de cargar con la responsabilidad de que perdiéramos la guerra. Al fin logré, por lo menos, que se quedara con Román en el Sabigain. Yo subí sólo.

Disponía de una camioneta, de marca Peugeot, que, antes de la guerra, usaba para repartir pan; cuando estalló la guerra y, tras mandar a freír puñetas al dueño de la panadería, me apunté en la CNT como miliciano, hube de dejar en prenda la camioneta, que utilizábamos como transporte de la organización, a cambio del permiso para seguir conduciéndola.

Teníamos, pues, vehículo, pero no gasolina para llegar a San Sebastián. En tiempo de guerra no había dinero para comprar

combustible, y la Organización Oficial de Defensa repartía cupones a todos los grupos políticos y sindicales organizados, para aprovisionar a sus vehículos. Para ir de Bilbao a San Sebastián, además, hacía falta un salvoconducto, con sus sellos correspondientes, que permitiera pasar los controles de carretera. Fui a la sede con la esperanza de conseguir tres cosas: un salvoconducto, con todos sus sellos, para ir de Bilbao a San Sebastián por carretera; autorización para llevarme la camioneta, y cupones para llenar de gasoil el depósito.

Subí a toda velocidad las escaleras de madera que daban acceso a la sede. Me tranquilizó comprobar que no había nadie en la oficina. Puse un papel en blanco en la máquina, y comencé a redactar el salvoconducto. Pero, sin los correspondientes sellos, el salvoconducto carecía de valor. Además, en esos casos se necesitaban muchos sellos. En los controles de carreteras que habríamos de cruzar encontraríamos, sin duda, a muchos analfabetos, pero si el papel iba bien sellado, pasaríamos sin dificultad, por mucho que lleváramos como salvoconducto la tarjeta de invitación para la boda de nuestros padres.

Estaba buscando el sello, cuando oí el sonido de la cerradura.

—¡Salud, compañero!

El saludo de Amancio me cogió desprevenido. Esbocé una excusa, pero inmediatamente me di cuenta de que el hecho de encontrarme en la sede a hora tan temprana no había

suscitado las sospechas de Amancio, que comenzó a rememorar los sucesos de la víspera. Lo que Fructuoso me había dicho y lo que yo le había respondido. “Tú sí que tienes cojones”, me dijo. No le cabía duda de que había dejado a Fructuoso de una pieza. Tenía que enseñarle cómo hacerlo. Porque él estaba harto de que Fructuoso la tomara continuamente con los estudiantes. No lo dejaba en paz a él, ni a Getru. Ahora parecía que se le había metido en la cabeza que tenía que catar a Getru. Y Getru no quería. Le dije que nos tenía a todos cogidos de los huevos y que yo también estaba harto: su mera presencia nos hacía cambiar de forma de actuar, y bastaba que lo viéramos aparecer por la puerta para que galleáramos como niños malcriados. Yo no quería prolongar la conversación; le di la razón cuando llegó el momento de ensalzar la importancia del trabajo de formación, pero inmediatamente me propuse buscar la forma de explicarle qué buscaba y para qué.

Durruti en persona había venido a San Sebastián, no debía decírselo a nadie, pero se estaba preparando una acción especial en San Sebastián. Había enviado a su lugarteniente ex profeso a Bilbao, porque el grueso de nuestra gente de San Sebastián había tratado de sostener el frente en Irún y, una vez hubo caído Irún, tenían bastante con tratar de cerrar a los fascistas el paso a San Sebastián. Pero éstos entrarían pronto en la ciudad, y la orden era que, cuando entraran, no debían encontrar apenas nada en pie. Para ello, entre otras muchas

cosas, necesitaban la colaboración de dos personas: Carmen y yo.

–No sabía que fueras un elemento tan destacado; ni más ni menos que con el lugarteniente de Durruti, ¡manda huevos!

–Es mucho lo que ignoras de mi pasado.

Le expliqué que si el lugarteniente de Durruti había venido a buscarnos, era porque nos conocía de tiempo atrás. La acción que debíamos de llevar a cabo era terrible. No podía decirle más. Amancio, sin embargo, insistía en que él no podía hacer nada, pretextando que necesitaba el permiso de alguien de mayor rango. No obstante me pidió que le dijera qué era lo que necesitaba. Le respondí que un sello para el salvoconducto, mi pequeño Peugeot y cupones de gasoil.

Me respondió que los sellos y los cupones de gasolina se guardaban bajo llave, y que él no podía procurármelos, a no ser que se lo ordenara alguien de mayor rango. Pero me informó de que, si esperaba media hora, llegaría Fructuoso, quien nos proveería de todo sin la menor dificultad, si se trataba de un encargo de Durruti. “Esperando no hacíamos nada; o tal vez lo que quieres es que la acción se suspenda porque unos putos sellos estaban bajo llave. ¿Qué clase de revolución estamos haciendo, si nos limitábamos a copiar en todo la misma burocracia de los burgueses? Además, ¿no acabas de decir perrerías contra Fructoso. Este es el momento de liberarse de él”, me impacienté. En vista de que Amancio reiteraba su

negativa, le advertí de que, en ese caso, habría que poner inmediatamente al corriente de todo al enviado de Durruti, que esperaba en el Sabigain, y tenía cara de pocos amigos.

En éstas estábamos, cuando Román y Carmen se presentaron en la oficina.

—¿Qué, Andrés, es que piensas que Durruti nos espera tomándose un chiquito en el Café de la Marina? —me preguntó Román, con una seguridad que me sorprendió.

—¡Salud, compañero! —saludó Amancio, levantando el puño—. Ya me ha dicho el compañero que esa acción que preparáis es muy importante, pero yo no puedo hacer nada sin la autorización de alguien de mayor rango.

—¿Acaso el rango del mismísimo Durruti no te parece suficientemente alto? —le insistí.

—Tendré que poner todo esto en su conocimiento apenas llegue a San Sebastián —anunció Román, con toda seriedad.

—Si esperáis un cuarto de hora, Fructuoso llegará, y seguro que él os concederá la autorización que pedís...

—¿Quién es ese tal Fructuoso? —Román.

—El jefe de este distrito...

—¡Estoy harto de jefes de barrio y de dioses de tres al cuarto! —exclamó Román, al tiempo que desenfundaba el pistolón que yo le había prestado.

Carmen parecía loca de contento y, tras cargar su máuser, apuntó a Amancio mientras le decía, burlona:

–¡Cáscatela ahora sobre el copón divino, Amancio!

Amancio levantó los brazos, y terminó por ceder. No era para ponerse así, nos daría en el acto el sello y todo lo que quisiéramos.

Sacó las llaves del bolsillo del buzo, y se dirigió a un armario para buscar el sello. Aún no había introducido la llave en la cerradura, cuando hizo su entrada, ruidoso como si saliera del ojo de un huracán, Fructuoso en persona, a quien Getru seguía a dos pasos:

–¿Qué pasa aquí?

–¡DEJAD AHORA EN PAZ los sellos y todo eso! ¡Preparaos inmediatamente todos, tenemos una acción! ¡Todos! ¡Tú también, mierdilla!

El mierdilla, claro está, era yo, y Fructuoso lo dijo porque Amancio le había empezado a contar que íbamos en busca de un sello y que no nos lo había querido dar hasta que él llegara, y siguió detallándole todo lo que había sucedido, con la fastidiosa minuciosidad del crío que ha sido sorprendido en una travesura.

–Pero prepararnos ¿para qué? –le preguntó Carmen.

Un enviado de Durruti iba a llegar de un momento a otro a San Sebastián, según se le había avisado la víspera por teléfono desde allí; y debíamos acudir a su llamada y presentarnos, sin falta, en la capital guipuzcoana para el anochecer. Los fascistas estaban a las puertas de San Sebastián; los nuestros habían cedido en Irún y no tardaría mucho en suceder otro tanto con la capital. Así que había que hacer frente a los boinas rojas como fuera.

Yo miraba sorprendido a Román. Román a Fructuoso. Fructuoso, sin embargo, no parecía haberse dado cuenta de la

presencia de Román. Fructuoso sacó del bolsillo de la camisa un papel arrugado, y le dijo a Amancio que se lo sellara. Este, que tenía la llave en la mano, sacó inmediatamente el sello y el tampón del lugar donde los guarda. Acto seguido, fructuoso nos ordenó que cogiéramos armas y munición. Amancio sostenía en su mano el papel arrugado que le había dado Fructuoso. Me lo enseñó con disimulo. Estaba escrito a mano: “Balga pandar entre Bilbao y Sebastian”.

–¿Y esto...? –preguntó Amancio a Fructuoso, mostrándole el papel arrugado.

–Eso, ¿qué?

–Aquí pone “Sebastian”...

–¡Y así es para nosotros los libertarios! ¡No queremos ningún san! ¿No te han enseñado eso en París?

–El compañero nos ha traído este otro salvoconducto, si no te parece mal... –dijo Amancio, señalando a Román mientras mostraba el papel que yo acababa de escribir a máquina.

Fructuoso examinó a Román de arriba abajo, y al papel que yo había escrito, a lo largo y a lo ancho. Le arrebató la pluma a Amancio, y tachó con tinta el San de San Sebastián cuantas veces aparecía.

–Así sí; échale el sello. –Le pasó el papel a Amancio con brusquedad—. ¿Y éste quién es? –preguntó después, sin apartar los ojos de Román.

—Liberto —respondió Carmen, sumamente contenta, en vista de que ni Román ni yo acertábamos a pronunciar palabra—. Es amigo de Andrés...

—Amigo de Andrés... —repitió Fructuoso, en tono marcadamente burlón—. ¡Entonces seguro que será otro de esos mierdillas meapilas!

—¡Compañero, te ordeno que retires inmediatamente esas palabras! —requirió Román, ampuloso.

—¿Ah, sí?, ¿y quién lo ordena, si puede saberse? —replicó Fructuoso, sin esforzarse lo más mínimo por disimular el tono burlón, y con la mano en la pistolera.

—¡El es el enviado de Durruti! —le advirtió Carmen.

La expresión del rostro de Fructuoso cambió de inmediato, en medio de un súbito ataque de tos. Acto seguido, se cuadró, con la cabeza hacia atrás y sacando pecho.

—No te esperaba tan pronto, compañero... Pero estoy a tus órdenes... Yo soy el que, al principio de la guerra, detuvo a dos curas infiltrados... Seguro que lo recuerdas...

—¡Aquí no vale lo que se ha hecho... sino lo que queda por hacer! ¿Nombre?

—Fructuoso Pérez Echenagusia, para lo que desees ordenar...

—Y bien que te daré órdenes... ¡No tengas la menor duda! La primera, abróchate bien esa pechera, y la siguiente...

Era digno de ver el celo con que Fructuoso cumplía las órdenes de Román. La siguiente orden consistió en que fuera inmediatamente, con Amancio y con Getru, a buscar gasoil, provistos de sendos cupones y bidones. Mandaba como si no hubiera hecho otra cosa en su vida. “Os quiero de vuelta en menos de diez minutos”. Amancio, que ya había sellado el papel, tomó los cupones y los tres se dispusieron a salir. Pero, cuando llegaban a la puerta, Fructuoso se giró y, con la misma mueca burlona de antes, dijo mirándome a mí:

—Ah, mierdilla: según me dijeron ayer por teléfono, mañana mismo vas a poder cumplir tu promesa de ayer...

—¿De qué hablas, compañero? —le preguntó Román.

—Son cositas entre nosotros... ¿Eh, mierdilla? —y me guiñó un ojo—. Parece que en Sebastián tienen preso a un importante obispo, y dicen que los obispos hacen buen estiércol para el nabo... Yo ya les he dicho que guarden algo para nosotros, aunque sólo sea un cacho... —Estalló en una carcajada babeante y, antes de marcharse escaleras abajo, me dedicó un guiño obsceno.

Miré a Román en busca de protección. Román me devolvió la mirada y, como para aliviar la gravedad de la situación, ordenó de pronto a Carmen que recogiera todas las banderas rojinegras que había en la sede y las enrollara en sus palos: nos las llevábamos a San Sebastián.

Al fin nos quedamos solos Román y yo. No sabíamos qué decir. Permanecimos largo rato callados, sin atrevernos a mirarnos, hasta que yo rompí el silencio:

–¡Jodeeer! No, si ya te digo yo; ¡tú aún me vas a traer la ruina!

CARGARON LAS ARMAS Y MUNICIONES en el camión, sujetaron como pudieron las banderas a los adrales de ambos lados, llenaron de gasoil el depósito y, a la hora de decidir quién iba en la cabina y quién en la plataforma, se suscitó el primer conflicto. Afortunadamente, a Román se le reconocía unánimemente la categoría y jefatura correspondiente a un lugarteniente de Durruti, y decidió él: yo conduciría, y a mi lado viajaría el propio Román. Todos los demás –Fructuoso, Getru, Amancio y Carmen–, en la plataforma.

Fructuoso dijo que había olvidado algo en la sede, y fue a por ello. Pensé que tal vez nuestra suerte no fuera tan mala como para que apareciera por la sede justamente entonces el verdadero enviado de Durruti. Miré a Román. Parecía tranquilo. Al menos no le dijo a Fructuoso “date prisa” ni nada parecido. Entretanto, los demás comenzaron a subir a la plataforma, pero Carmen se empeñó en montar en la cabina: “Aquí sobra sitio para uno más”. Román se resistía con firmeza, aduciendo que tenía que desplegar los mapas y que para eso se necesitaba espacio. Además, alguien tenía que ondear las banderas, y él no veía a nadie más indicado que ella para ese

cometido. Eso la convenció, y terminó por subir a la plataforma.

La tardanza de Fructuoso comenzaba a preocuparme. Miré de nuevo a Román, que seguía tranquilo. Por fin apareció Fructuoso, con un gran bote de pintura en cada mano, roja en uno y negra en el otro, dos brochas de gran tamaño en los bolsillos de la chaqueta y una sonrisa infantil de oreja a oreja, “Compañero, ¿me permites un minuto?”, preguntó a Román. Este, adivinando las intenciones de Fructuoso, accedió, sonriente: “Un minuto”. Fructuoso cogió uno de los botes, empuñó una brocha y se puso a pintar uno de los adrales, junto a las siglas CNT, que alguien había pintado antes: “Biba Bacunin”. Y, más allá: “¡baserritarra! uzta ona dator, ¡bat eguin revoluziñoakiñ!”.

—¡Vamos, compañero, ya ha pasado el minuto!

—Espera, tengo otra muy bonita: ¡mierda para la virgen!

Román tosió, nervioso, y dijo que sería mejor ponerse en camino, que teníamos que estar en San Sebastián para el anochecer y que allí podría pintar lo que quisiera. Fructuoso hizo un gesto que parecía significar “pues es una pena”, pero recogió los trastos, y subió a la plataforma del camión. Yo subí a la cabina, más tranquilo, y riéndome para mis adentros del repentino acceso de tos que había sufrido Román. Arranqué el camión, y sentí que Román abría la puerta de su lado. Pero, antes de entrar, encomendó a los de la plataforma, con tono

resueltamente autoritario: “Y que las banderas ondeen al viento como es debido. Por fin, entró y, al cerrar la puerta, añadió: “¡...ratas inmundas!”. Por lo menos podíamos hablar tranquilos. “Adelante”, dijo. Y nos pusimos en marcha.

—Creía que todo se iba a freír puñetas —le confesé a Román, con la tranquilidad de haber dejado atrás el peligro.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Imagínate que Fructuoso se hubiera dado de bruces en la sede con el verdadero enviado de Durruti... —Se me erizó el cabello sólo de pensarlo.

—¡Ah, por eso! —dijo, con ese tono de seguridad que tanto me molestaba—. Yo estaba seguro de que no aparecería —y sonrió.

Se hizo el silencio tras esas palabras. Un silencio largo. De la duración exacta del tiempo que necesité para atar en mi mente dos cabos sueltos. Miré a Román, y a continuación a la carretera; no quería creerlo, y en mi interior saltaban chispas.

—No, dime que no... ¡Por lo que más quieras, dime que no!

En ese preciso instante pasábamos al lado de la iglesia de la Virgen de Begoña. A través del cristal trasero de la cabina, vi por el retrovisor que Carmen agitaba la bandera con más fuerza, y adiviné que Fructuoso gritaba “¡Mierda para la Virgen!”. Los demás secundaban a Fructuoso entre aplausos y carcajadas.

–Pues por lo que más quiero –me dijo, señalando la iglesia–: sí... eso fue lo que hice.

–¿Desde casa?

–Sí; vosotros no estabais en ese momento para daros cuenta de que yo llamaba por teléfono, y...

–Pero ¿cómo se te ha ocurrido?

Según él, su treta nos iba a resultar de gran ayuda.

–¡Para ti todo resulta de gran ayuda! –le corté—. Venga, dime en qué...

A un grupo anarquista como el nuestro le entregarían el obispo sin vacilar. “¡Sí, para fusilarlo!”, le dije, asqueado. “Eso es lo que ellos quisieran... pero ya se nos ocurrirá algo, alguna manera de dejar de lado a esos hijos del diablo de ahí atrás”. Le dije que yo no quería dejar de lado a los “hijos del diablo de ahí atrás”; aquella era mi gente, y no íbamos camino de Damasco. “Además, tengo que decirte una cosa que has de tener muy presente: si, por descuido, todo se va al garete, ya puedes prepararte; quiero verte al lado del obispo, ¡y contra la pared! Yo mismo os dispararé a ambos de mil amores...”. Dicho esto, se hizo de nuevo el silencio entre los dos. Ahora fue él quien lo rompió:

–También eso es posible... Y si así sucede, apunta bien, por favor... –Se puso serio de pronto, y se quitó la cadena que

llevaba colgada al cuello—. Ten, si me pasa algo, dale esto a mi madre... —y besó la medalla.

Tomé la cadena en la mano. Sujetaba una medalla de la Virgen.

—¡Aparta eso de mí! —y la arrojé al suelo de la cabina.

—¿Es que no te remueve las entrañas? —me preguntó, con una mezcla de compasión y pena en el rostro.

Trataba de conmoverme, y hasta lo logró por un instante, pero me sobrepuse inmediatamente al momento de debilidad.

—¡Criatura desalmada! ¡Eres capaz de pisotear las entrañas de tu madre! —exclamó, ampuloso.

—¡Las entrañas de mi madre no, pero sí las tuyas si no te callas, Tripalarga!

Me callé, y él también. Agarré con fuerza el volante, y así recorrimos, en silencio, una porción de kilómetros. Un buen rato después, le increpé de nuevo:

—¡A buen sitio han ido a parar las reglas de ayer noche! Todavía no has cumplido ni una de ellas. Conforme: tú serás el jefe. También serás tú el que hable: conforme también en eso... Pero nada de sermones, por favor, ¡no más sermones!

Estábamos entrando en Durango.

–ÉSTOS TIENEN HAMBRE –me dijo Román, cuando acabábamos de pasar Zumaya camino de Guetaria.

Vi por el retrovisor que Amancio nos indicaba mediante gestos que querían comer algo. Acto seguido, sentimos unos golpes en la cabina. Román accedió, también por medio de gestos y de manera que los de atrás pudieran verlo bien: que estuvieran tranquilos, que comeríamos algo cuando llegáramos a Zarauz. “¡Inmundos hijos de Satanás!”, añadió, con una sonrisa cínica, seguro de que no podían oírle. Fructuoso sonrió agradecido, mientras se pasaba la mano por el vientre.

Habíamos encontrado tres controles hasta ese momento. Los primeros en Eibar, uno a la entrada y otro a la salida, ambos montados por gente de la UGT. Los de la salida leyeron el salvoconducto puesto al revés. Recelosos debido a los tres tachones de tinta que contenía, nos hicieron bajar a todos, e inspeccionaron con todo detenimiento el interior del camión. Decían que buscaban a elementos fascistas... y lo hacían debajo de los asientos. Más adelante, a la salida de Deba, un control de la CNT. Éstos no pusieron la menor pega, y se rieron con ganas al leer la pintada que lucía el adral de nuestro

camión, y más aún cuando Fructuoso les contó lo que planeaba escribir.

Al llegar a Zarauz, nos desviamos hacia las vías del ferrocarril y, pasadas éstas, paramos en una venta llamada Azken Portu. Entramos con las banderas enrolladas, y la dueña salió a atendernos: no tenían gran cosa que darnos para comer; nada de pescado, al menos; los barcos no podían salir a la mar, y no había ni rastro de pescado; el barco fascista Cervera llevaba toda la semana rondando entre Fuenterrabía y Zarauz, y no había nada que hacer. En San Sebastián las habían pasado canutas con su cañoneo. O sea que de pescado, nada; carne de cocido con tomate y pimientos. También algo de potaje, para empezar. Román le contestó que si tenía un poco de vino para acompañar, conformes. La ventera nos condujo a una habitación grande y oscura contigua a la cocina. Se le notaba en la cara que nos atendía a regañadientes.

De primero, nos sacó una fuente de alubias de víspera mezcladas con berza, para que nos sirviéramos nosotros mismos. Sin darnos tiempo a terminar el primer plato, nos trajo, en una bandeja minúscula, la carne de cocido. La ración resultaba verdaderamente escasa, por lo que íbamos a tener que pedir un poco más. Fructuoso se levantó, con la mano en la pistolera: “Les voy a enseñar cuánto come un libertario”. Pero Román lo retuvo, y le dijo que le dejara a él. Yo era el que mejor colocado estaba para ver lo que sucedía en el interior de la cocina, y por la puerta entreabierta vi a Román hablando con

la ventera: desde allí divisé cómo Román mostraba su cartera a la mujer y la forma en que a ella se le alegraba el rostro.

Román regresó a su sitio, y la ventera trajo más carne de cocido y unos chipirones. Según dijo, los había traído su marido, que había salido a la mar a primera hora, antes de que los del Cervera se levantaran de la cama, y los reservaba para los buenos clientes como nosotros. “Hasta tengo algo de postre”. Y sacó cerezas, una gran fuente.

—¿Qué le has dicho, Liberto? —quiso saber Getru.

—Durruti abre muchas puertas, compañera —se inmiscuyó Fructuoso.

Román me guiñó el ojo.

A los postres, Amancio cogió dos pares de cerezas y, tras colgárselas de las orejas, comenzó a cantar en francés. “Quand nous chanterons, le temps de cerises et gai rossignol, et merle moqueur seront tous en fête!... ”. Tiempo de cerezas: la canción de los viejos partidarios de la Comuna de París. Getru, también con cerezas en las orejas, se sumó a Amancio en su canto. Getru había conocido a Amancio en sus tiempos de estudiante en Francia. No aprobó ni un curso, pero afirmaba que Amancio le había enseñado lo que no se aprende en ninguna universidad, y dejó los estudios para regresar con él al País Vasco. Cuando Getru hablaba de eso, Amancio siempre añadía que también ella le había enseñado algo a él: a entender y hablar un poco aquel idioma endiablado que de

niño oía a los pescadores, el euskera. En París añoraba el país, y conocer su idioma le resultó de gran ayuda; algo así como si hubiera restablecido un vínculo que sentía roto.

Yo también sabía un poco de francés, y me uní al canto. Los demás no. A Amancio le encantaba aquella canción, quién sabe por qué, y se la enseñaba a cualquiera que fuera capaz de pronunciar un par de palabras en francés. Así hizo conmigo. “Les belles auront la folie en tête, et les amoureux, du soleil au coeur!”. Carmen y Román escucharon con agrado la canción, y aplaudieron cuando terminamos. Fructuoso no. “¿A qué vienen esas mariconadas francesas? Hay que cantar ‘¡A las barricadas!’”. Y también la cantamos.

Carmen inició un alegre aire de danza, redoblando con las manos sobre la mesa, y enseguida sacó a bailar a Amancio, y después a Getru. Fructuoso agarró de un tirón a Getru, que bailaba con Carmen, y la estrechó contra sí para bailar con ella. Getru trataba de separarse, si no del todo, al menos un poco de Fructuoso, pero sus esfuerzos eran vanos. Fructuoso la abrazaba como el pulpo a la roca, hasta que Amancio pidió cambio de pareja.

Una pareja de ancianos ocupaba una mesa al otro extremo del comedor. Habían entrado mientras comíamos los chipirones, y se sentaron tan alejados de nosotros como pudieron. Desde allí nos miraban con evidente espanto. Noté inmediatamente que no miraban al grupo, sino a Román, y que se cruzaban comentarios en voz baja. También Román había

reparado en ello, y trató de permanecer oculto durante los postres y el baile. Teníamos que marcharnos de allí, y, según me advertía mi intuición, cuanto antes.

Fructuoso hacía de nuevo el pulpo con Getru, tras dar rápidamente por concluido el turno de Amancio, y tanto éste como Getru acogieron con agrado el aviso de Román: “Se hace tarde, y además habrá que pagar”. El mismo pidió la cuenta.

—¡Qué cuenta ni qué cuento! —protestó Fructuoso—. Aquí tengo yo la cuenta —y se llevó una vez más la mano a la pistolera.

Román le explicó, con la mayor suavidad posible, que no era conveniente llamar la atención de semejante manera. La nuestra era una misión secreta. Además, en la sede de San Sebastián le habían dado un poco de dinero, y pagaría él.

—Entonces, ¡viva Bakunin! —celebró Fructuoso la noticia.

—¡Y viva Baco! —añadió Amancio, levantando el vaso lleno de vino para brindar.

Román fue a la cocina, donde lo vi pagar nuestra comida. La ventera aceptó el dinero con gran agrado y sorpresa; no parecía muy habituada a recibir dinero de gente como nosotros. Recogimos las banderas enrolladas, y nos dirigimos a la puerta entre vivas a Bakunin y a Baco. Pero, cuando nos disponíamos a salir, sucedió lo que yo venía temiendo. El

hombre de la pareja de ancianos chasqueó los dedos para llamar la atención de Román y, de pie junto a la mesa, le dijo:

—¿No es usted don Román? Don Román Eguiazabal. ¡Sí, he oído muchos sermones suyos en Santa María!

—¡Te confundes, compañero! ¡Yo soy Tripalarga, ayudante del gran Durruti! ¡El me bautizó como Liberto en la sede de la CNT de San Sebastián, tras renunciar a mi nombre burgués! —Lo dijo todo de un tirón, casi sin respirar.

Mi vigilia de la víspera había servido para algo.

—Pues yo diría que... —se empeñó el anciano.

—¿Es que no has oído lo que se te ha dicho, viejo terco —me entrometí—. ¡Si éste fuera cura, ahora mismo lo rajaría con mi navaja, y le sacaría las tripas para hacerle un nudo al cuello con ellas y colgarlo del nogal de ahí fuera!

Empujé al anciano para obligarlo a sentarse. El miedo asomó a la mirada de los esposos. Silenciosos y tensos hasta ese momento, los miembros del grupo estallaron en una carcajada, y al fin salimos de la venta, aunque no todo lo rápido que yo hubiera deseado. Ya de camino, oí a Fructuoso preguntarle a Getru quién era ese tal Baco. Aquel cambio de tema me sosegó, y empecé a cantar en voz baja *Le temps de cerises*, sin poder apartar de mí la idea de que el tiempo de cerezas había estado a punto de convertirse para nosotros en el de los nísperos podridos.

Una vez en la cabina del camión, Román me dio las gracias, y con la manga de la chaqueta se enjuagó dos lágrimas que se le deslizaban por las mejillas.

Hicimos en silencio el resto del camino hasta San Sebastián.

–¡QUÉ DEMONTRE QUIERE AHORA ese hijo de Satanás! – exclamó Román vuelto hacia atrás, reclamado por los reiterados golpes de Fructuoso en la cabina.

Entrábamos en San Sebastián por el Antiguo. Detuve el camión en un cruce, y Fructuoso bajó de la plataforma. Cogió el bote de pintura que Getru le tendía, y se fue derecho a las señales de tráfico. Entre otras, había una que decía “San Sebastián 3 km”. Fructuoso empuñó la brocha, la empapó a conciencia en el bote, y tachó “San” de dos brochazos. Subió de nuevo a la plataforma, y dio dos golpes en la cabina. Podíamos continuar.

Y continuamos, muy despacio, hasta salir a Ondarreta, desde donde avistamos la cárcel, para cruzar después el túnel del Antiguo y bordear el paseo de La Concha. Cerca del hotel Biarritz, vimos que los bomberos se afanaban al borde de un enorme cráter abierto en el paseo. A su alrededor, algunos curiosos contemplaban los trabajos.

Enseguida nos adentramos en las calles.

–¡Espero que no se le ocurra parar también aquí! –me dijo Román, mientras avanzábamos por la calle San Martín, señalándome el rótulo que indicaba su nombre.

Tuvimos que atravesar tres barricadas fabricadas con sacos terreros. En cada una de ellas, la misma ceremonia: parar, mostrar los papeles, responder un par de preguntas, y adelante. Por fin llegamos a la Diputación. Aquél era nuestro primer destino, pues allí se encontraba la sede central de la Junta de Defensa, organizada en San Sebastián desde los primeros días de agosto.

Dejamos el camión frente a la puerta principal, y nos apeamos todos.

Román nos dijo que él debía subir a recibir órdenes, y que le esperáramos allí mismo. Nos quedamos junto a uno de los bancos de la plaza. Amancio nos ofreció un cigarro a las mujeres y a mí. Los tres se lo aceptamos. Fructuoso aprovechó la pausa para pintar en el camión "¡Caca amavirgiñari"!, mientras yo me dedicaba a fumar tranquilamente, en compañía de Amancio y las dos mujeres, indiferente a los afanes de Fructuoso.

En éstas, oímos a nuestra espalda un ruido como de disputa, y nos giramos hacia el camión. Fructuoso discutía con un desconocido tocado con boina. Tras éste, seguían la disputa media docena de hombres, también con boina, armados con sendos máuser. Terminamos por acercarnos también nosotros.

El hombre que discutía con Fructuoso era un miliciano del PNV, y no parecía que la obra de arte que Fructuoso había pintado en el camión le agradara excesivamente. Cuando llegamos nosotros, Fructuoso peroraba ardorosamente contra lo más sagrado. Estaba en su elemento, y de su boca manaron auténticas enormidades que no pude retener. El de la boina indicó con un gesto a sus subordinados que lo apresaran. Fructuoso, arrogante, le preguntó en euskera si sabía quién era él: "Yo soy el que, al principio de la guerra, detuvo a dos curas fascistas". El de la boina le dijo, en castellano, que no le entendía, pero que él le enseñaría a cantar el Salve Regina y con más humildad. "¡Semejante blasfemia!, ¡y en vascuence!". Nos interpusimos para aplacar los ánimos, tratando de arreglar el asunto por las buenas; el de la boina, sin embargo, seguía en sus trece; y Fructuoso, ni que decir tiene. Nosotros pusimos todo nuestro empeño en serenar a Fructuoso, lo cual no resultó sencillo. Le decíamos que se fuera con los de la boina, y que enseguida estaría de vuelta. El caso es que, por fin, acabó por entregar al jefe la pistola —eso era lo que se le pedía—, y, escoltado por el pelotón de hombres armados, entró por la puerta principal de la Diputación y siguió escalera arriba.

Pasamos un buen rato más fumando otro cigarro y, antes de terminarlo, vimos a Fructuoso, que, ufano, se dirigía a nuestro encuentro con una sonrisa infantil en los labios; Román lo seguía de cerca. Se mostró profundamente agradecido, no a Román, sino a Durruti: "El amigo Liberto tiene, ciertamente,

buenas aldabas, pero la sombra de Durruti es larga, incluso para aquellos jebos nacionalistas; la semilla bien sembrada sabe dar fruto aun en plena maleza, y la luciérnaga destaca más en las tinieblas que la espina de la zarza. No está en malas manos el huerto de la revolución”, dijo para rematar el catecismo campesino.

Por lo que nos dijo Román, las cosas andaban revueltas en San Sebastián; los fascistas del Cervera habían bombardeado la ciudad al mediodía, y corrían rumores de que había habido tres muertos: un anciano en Amara y dos crios en el paseo de La Concha. Seguramente, los bomberos que habíamos visto cuando entrábamos en la ciudad estarían ocupados con estos últimos. Los nuestros estaban completamente encendidos. Añadió que esperaríamos un poco más, mientras él subía a arreglar unos últimos asuntos; “y no respondáis a las provocaciones”, recalcó con voz imperiosa, mirando a Fructuoso. “Quietos, aunque Durruti en persona venga a deciros otra cosa”.

Apenas Román hubo cruzado la puerta principal de la Diputación, vimos un grupo de gente que, con banderas desplegadas, venía en manifestación desde Amara. “Los nuestros”, dijo Amancio al ver las banderas. Serían no menos de cuarenta personas las que se acercaban gritando. A cola de la manifestación, avanzaba una tanqueta. En vano traté de recordar a los demás lo que Román nos había dicho: todos se marcharon hacia la Avenida, a unirse a los compañeros.

Carmen permaneció conmigo, para animarme a que me sumara a los demás: “Acuérdate del anciano y de los dos niños. Hay que hacer algo”. Le dije que, como militante de palabra que era, yo no me movería de allí. Cuando comprendió que su empeño era estéril, también ella corrió tras Fructuoso, Amancio y Getru. A lo lejos, distinguí a Fructuoso hablando con algunos de los manifestantes. De pronto, se giró, y lo vi venir a la carrera hacia donde yo me encontraba. A punto de entrar en la plaza de Guipúzcoa, desenfundó su pistola.

—Tú haz lo que quieras, mierdilla, pero trae las llaves —me ladró—; nos vamos a Ondarreta, a desentumecer un poco los músculos; ¡vamos a darles su merecido a esos haraganes fascistas!

En vista de la razón que esgrimía en su mano, no albergué la menor duda acerca de lo que haría si se me ocurría negárselas, y le di las llaves. Fructuoso, con una sonrisa, me dijo que sería cosa de media hora, y que estarían de vuelta inmediatamente; yo debía decirle al amigo Liberto que no se inquietara.

SIN SABER QUÉ HACER, me dediqué a dar vueltas al banco que había frente la puerta principal de la Diputación, mirando de tanto en tanto hacia arriba, a los balcones, y encendiendo algún cigarro con otro, hasta que, cuando calculé que había pasado ya media hora, me decidí a entrar. En ese preciso instante, Román bajaba corriendo las escaleras.

—Ahora tenemos la oportunidad.

—¡Vaya una oportunidad! —le reproché—. ¡Se han ido todos a Ondarreta, y se han llevado el camión! —le dije, azorado.

El ya lo sabía. Lo había visto todo desde el balcón.

—¡Y a qué esperabas! —le grité.

Se había entrevistado con el diputado Irujo, a quien había contado nuestro caso con todo detalle. Se había mostrado muy interesado, y consideraba que debíamos liberar a toda costa al arzobispo. “¡Muy bien!”, le dije, “¿y él qué va a hacer? Que lo libere él, si está tan interesado”. Iba a poner un coche a nuestra disposición; habían ido a buscarlo. Ahora o nunca, la ocasión era inmejorable.

Entonces me sosegué un poco.

Mientras esperábamos al coche, Román me reveló algunos detalles. El obispo estaba detenido en la sede central de la CNT. En la calle Larramendi. A aquellas horas habría poca gente en la sede, puesto que muchos habían ido a la cárcel de Ondarreta a reclamar el tributo de sangre por el bombardeo del mediodía; por lo tanto, disponíamos de un poco de tiempo para sacar al arzobispo de su lugar de cautiverio. Nos iban a facilitar unos papeles con la firma de la Junta de Defensa y, una vez hubiéramos liberado al arzobispo, debíamos conducirlo clandestinamente a un caserío.

—¿De dónde tiene que venir ese coche? —le pregunté, impaciente.

—De aquí mismo... del Gobierno Civil.

Me coloqué mirando hacia allí. Pero oí unos gritos que provenían justamente del lado contrario, de La Concha. Me volví, y vi a Carmen a lo lejos. Corría a nuestro encuentro, agitando los brazos con grandes aspavientos: “¡Andrés, Andrés!”, gritaba. Yo también corrí hacia ella. Se me ocurrió que tal vez estuviera herida. Nos abrazamos en la calle Garibay. No estaba herida.

—¡Van a la cárcel! —dijo, horrorizada—. ¡Dicen que se van a cargar a veinte! ¡A veinte! —y se echó a llorar.

La cogí del hombro, y nos dirigimos de nuevo hacia la Diputación, mientras trataba de consolarla. Román miraba alternativamente hacia nosotros y hacia el lugar por donde

debía aparecer el coche. Con un gesto del hombro, me preguntó qué le ocurría a Carmen. Yo me encogí de hombros para hacerle entender que no lo sabía. Entonces señaló con el dedo índice en dirección al Gobierno Civil. Ya venía el coche.

—¡Se quieren cargar a veinte! ¿Entiendes? ¡A veinte! —me repitió Carmen, entre sollozos.

Me quedé con ganas de decirle que bien dispuesta se había mostrado ella, en Bilbao, a reventar el Kursaal, y de preguntarle si pensaba que dentro del Kursaal sólo había estatuas de madera y yeso. Porque allí había presos, que tenían padre y madre y también hijos, y me resultaban extraños aquellos escrúpulos porque fueran a sacar a veinte de la cárcel de Ondarreta y limpiarles el forro en una cuneta. Pero no tuve necesidad de decirle nada de eso, porque ella misma, sin dejar de sollozar, explicó que quería reventar el Kursaal o la cárcel de Ondarreta, sí, pero después de comprobar que no había nadie dentro. Que ella no quería hacer la revolución para matar gente en balde.

Me conmovió el candor absoluto de Carmen.

No sabía gran cosa acerca de ella. La había conocido en la sede de Bilbao, a poco de estallar la guerra. Llevábamos unos quince días viviendo juntos en aquel piso incautado de Bilbao, cuando Román irrumpió en nuestra vida. Sólo sabía que acababa de cumplir diecinueve años y que sus padres eran ricos, pero ella había renunciado al dinero de sus padres, a las

casas, a los coches y al lujo para alistarse en las filas de la revolución, según me contó el día que nos conocimos. No le pregunté más, no me explicó más. A decir verdad, tampoco yo le conté gran cosa acerca de mi pasado, por lo que no podía quejarme.

Al fin llegó el coche. Un hombre con boina bajó del mismo, y nos entregó las llaves y unos papeles. “Que tengáis suerte”, nos dijo. Tomamos las llaves, subimos al coche y nos pusimos en marcha en dirección a Amara. Yo conducía, Román iba a mi lado y Carmen detrás, aún llorosa.

Nos explicó entre sollozos lo que había ocurrido camino de Ondarreta. Fructuoso les había dicho que en aquella manifestación había un grupo de unos seis compañeros dispuestos a dar a los fascistas el castigo que merecían. Había hablado con ellos, y planeaban sacar de la cárcel a unos veinte presos para matarlos. Fructuoso se había comprometido, bajo palabra, a colaborar. “Espero que dejaréis mi palabra en buen lugar”. Cada uno del grupo debía hacerse cargo de dos fascistas: “Como las cerezas, a pares”, le dijo a Amancio, con una sonrisa, “¡Porque es tiempo de cerezas!”. Amancio se opuso enérgicamente. Dijo que nos teníamos que destacar por otras cosas, no por mostrarnos más sedientos de sangre que nadie. Se enzarzaron a empujones. Getru se había mostrado de acuerdo con Amancio, pero Fructuoso la agarró por el cuello, y le puso la pistola en la sien. Carmen se pudo escabullir a duras penas del tumulto.

Carmen rompió de nuevo a llorar, mientras repetía lo que ya había proclamado: “¡Yo no quiero hacer la revolución para matar gente en balde!”. Fue Román quien trató entonces de consolarla. Luego me miró como para preguntarme qué debíamos hacer. No le respondí de inmediato. Sentía una quemazón en mi interior. No podía mantener a Carmen así, en la ignorancia.

Nos acercábamos a la calle Larramendi. Circulábamos por la calle Urbieta, a medio camino de nuestro destino, cuando sentí que no podía resistir más la quemazón; detuve el coche junto a la acera y, girándome hacia atrás, le dije a Carmen:

—Tengo que decirte una cosa, Carmen. —Tragué saliva—. Este es cura. Pero no sólo de apodo; es cura, de los que los domingos se ponen la casulla y dicen misa. También yo fui seminarista hasta hace tres años. Y ahora, si quieres, puedes apearte...

Román me miró boquiabierto del susto. Carmen, sin embargo, no parecía sorprendida.

—¡Ah, conque era eso! —dijo, mientras se enjugaba dos lágrimas que se deslizaban fugitivas por sus mejillas—. Ya había notado yo algo...

Román y yo nos quedamos de una pieza. No nos atrevimos a preguntar nada, o quizá no fuimos capaces de hacerlo, quién sabe. Carmen, por el contrario, nos dijo, con toda tranquilidad, al percibir nuestra sorpresa:

–¿A dónde vamos?

Y Román le explicó todo. No parecía especialmente afectada por nuestra repentina confesión, a juzgar por la calma con que escuchó las explicaciones de Román sin parpadear siquiera:

–¿Tú lo ves claro? –me preguntó, una vez Román hubo concluido su relato, mirándome fijamente a los ojos a través del retrovisor.

Le dije que sí. Y dijo que quería ir con nosotros. A continuación, se hizo el silencio, y yo arranqué de nuevo el coche.

–También yo tengo algo que decirlos...

La miré por el retrovisor. Estaba apoyada en la portezuela, mirando con indiferencia hacia la acera.

–Yo soy monja...

Pisé el pedal del freno hasta el fondo.

–¡AHORA SÍ QUE ESTAMOS BIEN!, ¡como para que me hagáis de monaguillos mientras digo misa! –le salió a Román de lo más hondo.

–Bueno, monja–monja tampoco... novicia... –dijo Carmen, cuando sintió cuatro ojos clavados en ella.

Me había mentido en Bilbao: ni padres ricos, ni dinero, ni casa, ni auto, ni lujos. Era huérfana. Al nacer ella, murió su madre, y la había criado su padre en la punta de un monte, sin ayuda de nadie, completamente solo. Pero, un buen día, su padre desapareció, o lo hicieron desaparecer, no lo entendí muy bien. El caso es que ella, al menos, no sabía si vivía o no. Aquellas lerdas de monjas la metieron en el convento, y querían retenerla allí hasta que cumpliera dieciocho años. Y cuando los cumplió, tampoco la dejaron salir. Para entonces ya había empezado a verse a escondidas con el hijo del jardinero... Dicho lo cual se sintió obligada a precisar, con una sonrisa picara:

–¡Bueno, vernos sólo, no, claro!

Al parecer eran muy estrictas en el convento sobre ese particular y, cuando se dieron cuenta de lo que sucedía,

alejaron de allí al galán. La guerra fue una liberación para Carmen; decía que se le hacía insoportable tanto rezo y tanta cargante monotonía. La cosa es que cuando, al estallar la guerra, los milicianos entraron en el convento donde vivía, ella se fue con ellos inmediatamente. Parece ser que los milicianos no hicieron nada malo a las monjas ancianas; causaron grandes destrozos, sí, pero a las monjas no les hicieron nada de nada. Había en el convento dos novicias jóvenes, y las dos tomaron idéntica decisión. Cuando las dos jóvenes novicias se iban corriendo por el claustro tras los milicianos, se cruzaron con tres monjas ancianas, que les preguntaron, llorosas, a las muchachas: “¿Y a nosotras, quién va a enterrarnos si todas las monjas jóvenes os marcháis del convento?”. Al principio no les contestaron, pero las monjas viejas las siguieron hasta el zaguán repitiéndoles una y otra vez la misma letanía. “Escrito está, hermana, que los muertos entierren a sus muertos”, dijo Carmen, mientras cerraba la puerta del convento.

Ya fuera del convento, buscó al hijo del jardinero, pero cuando se enteró de que se había marchado con los fascistas y de que, al parecer, era alférez en algún lugar de Andalucía, regresó junto a los libertarios y se alistó para luchar por la revolución.

Afirmó que, en el transcurso de aquellos maravillosos días, había conocido unos tres amantes.

—¿Conocer, conocer...? —A Román las preguntas capciosas siempre le brotaban de lo más hondo.

Pero, al sentir sobre sí mi mirada incandescente, desistió de proseguir con su pregunta. A continuación miré a Carmen, como pidiéndole que continuara.

—Y entonces te conocí a ti... —resumió lo que ya de por sí era bastante breve.

—¡El cuarto! —exclamó Román, siempre dispuesto a sacar punta a cada frase—. Y a éste sí que lo has conocido...

—Sí, el cuarto ha sido el mejor... —me dijo Carmen, cogiéndome del cuello para besarme.

Yo correspondí a su beso.

—Enhorabuena, Romeo; enhorabuena, Julieta... —dijo Román, posando la mano, como en una representación, sucesivamente en mi hombro y en el de Carmen—. Pero teníamos otro asunto que arreglar. ¿Lo recordáis?

Tras sustraer mi mente, no sin esfuerzo, a aquel embrollo, arranqué el coche, y avancé calle Urbietta arriba. Al llegar a la calle Larramendi, divisamos un gran cartel, rojo y negro, rotulado con letras blancas: CNT. “Aquí será”, dije, mientras detenía el coche y accionaba el freno de mano.

Román hizo notar que no sería conveniente que entráramos los tres a la vez. El obispo reconocería a Román, y era seguro que se le escaparía alguna inconveniencia, y eso lo echaría todo a perder en un solo minuto. Además, a saber qué podría

ocurrir le al corazón enfermo del obispo si veía a Román vestido de aquella guisa. Tal vez lo hubieran torturado.

Carmen y yo cogimos los papeles, y nos dirigimos a la sede. Mostramos los papeles a la pareja de milicianos que montaban guardia en el portal, y nos dijeron que subiéramos. Ellos subieron detrás.

En la sede había poca gente. Tal como Irujo le había dicho a Román, la mayoría habría ido a Ondarreta. En el piso de arriba vimos a tres milicianos, bebiéndose a gollete y por turno una botella de champán proveniente de alguna requisa, y fumando sin parar.

Era una estancia amplia, seguramente dedicada antes a oficina; frente a las dos puertas de acceso al balcón, había una mesa y, a su alrededor y con los pies sobre ella, los milicianos. En la pared opuesta, se veían tres pequeñas puertas cerradas. En las cuatro esquinas de la sala, sobre peanas improvisadas, imágenes sacras de madera vueltas cara a la pared, dándoles la espalda a los milicianos. San Antonio de Padua en una esquina, San Ignacio en otra, San Cristóbal en la tercera y San José en la última. Todas eran de gran tamaño y lucían sendos gorros de la CNT encasquetados en la cabeza, incluido el Niño Jesús que San Cristóbal transportaba a hombros. El dedo índice alzado de San Ignacio sostenía una botella de champán vacía encajada por el cuello y precariamente fijada con un cordel. San Antonio, por su parte, sostenía al hombro un máuser mayor que él.

Los bebedores de champán nos recibieron con cordialidad. Nos preguntaron qué queríamos y, cuando les mostramos los papeles, dijeron que era una pena: “El viejo es simpático. Lástima que ahora os lo tengáis que llevar de aquí”. Les informé, con seriedad, de que la orden venía de arriba, y les pedí que nos dijeran enseguida dónde estaba. “Envido”, oímos entonces, proveniente de uno de los cuartos cerrados. “Quiero; pares sí”, inmediatamente. Un miliciano señaló una de aquellas puertas cerradas y, tras levantarse de la silla, se dirigió a ella. Abrió la puerta, y dijo: “Eminencia, vienen a por ti”.

La visión fue de las que se recuerdan largamente. Una mesa en el centro, una lámpara verde colgada del techo y, sentados a la mesa, cuatro jugadores de mus: tres milicianos y el obispo, vestido con todas sus galas. Los cuatro jugadores volvieron la cara hacia nosotros. El obispo tenía cuatro cartas en la mano, y nos miraba a Carmen y a mí como una oveja camino del matadero. Sujetaba entre los labios un cigarro encendido.

El humo difuminaba la escena.

–DAMAS Y CABALLEROS, se acabó la partida de mus... Les agradezco de todo corazón el entretenimiento que me han brindado durante estas últimas horas, y les perdono desde lo más profundo de mi ser lo que a partir de este momento van a hacerme...

Así nos habló el obispo, con toda solemnidad y una dignidad ensayada, al tiempo que, ocultando sus ojos de oveja presta para el altar del sacrificio y barruntándose resignado lo que le esperaba, se levantaba y apagaba el cigarro en el cenicero.

Nadie hizo el menor gesto, hasta que, In nomine Patri..., empezó a bendecirnos a todos los presentes. Pero no bien hubo iniciado la bendición, uno de los que estaban sentados a la mesa de juego –precisamente la pareja de mus del obispo–, echó la silla para atrás, se levantó y, estirando los brazos hacia abajo y con las palmas de las manos hacia nosotros, manifestó su queja:

–¿Y os lo vais a llevar ahora?, ¡me cago en dios! Precisamente cuando estábamos de mano...

–Las órdenes vienen de arriba –le respondí, seco.

Los demás jugadores también nos rogaron que nos lo lleváramos más tarde: “De aquí no va a irse a ninguna parte”. Yo contaba mentalmente los efectivos: tres, en la mesa de juego; tres, bebiendo champán, y la pareja de abajo, ocho. Sería mejor ceder: “Terminad la partida, pero deprisa; no tenemos mucho tiempo”.

Los jugadores de mus me miraron con agradecimiento, y el obispo, resignado, suspiró y, adelantando la silla, se sentó para proseguir la partida.

Además, le cogió un cigarro a su pareja.

–Buena gana de cuidarse el corazón a estas alturas... –dijo, mientras recogía las cartas para darle el mazo a quien le tocaba repartirlas.

Mientras terminaban la partida, Carmen y yo nos sentamos con los que bebían champán en la sala grande. También se unieron a nosotros los dos que habían montado guardia en el portal, y bebimos unos tragos de la botella ya mediada. Enseguida nos sacaron otra, que abrieron con un sonoro taponazo. Traté de mirar por la ventana, por si podía ver a Román, pero desde mi posición no alcanzaba a divisar más que la casa de enfrente. Uno de los milicianos, el más joven, nos preguntó si nos llevábamos al viejo al paredón. Le contestamos que no podíamos decir nada, que la orden venía de arriba.

–Pero ¿qué es lo que os oléis? –parecía muy interesado, y temeroso al mismo tiempo.

–Nos olemos que... –inició Carmen, mientras se pasaba el dedo índice por la garganta de manera harto significativa.

–¡Lástima...! –dijo otro miliciano, echando la espalda hacia atrás–. Es un anciano entrañable.

Por sorprendente que resultara, el pesar de aquellos milicianos parecía auténtico. Era como si la noticia los hubiera dejado abatidos.

–Bebed otro poco –nos dijo el joven, acercándonos la botella.

Y bebimos el champán con verdadero deleite. Era muy bueno, además: francés. “Vete a saber dónde lo habréis requisado”, dije, como de pasada, antes de beber otro trago. Luego le pasé la botella a Carmen, que también bebió un buen trago. A finales de julio, tras la sublevación de los cuarteles de Loyola, las batallas más duras contra los sublevados se libraron en el hotel María Cristina. Nos contaron que, cuando los milicianos tomaron el hotel, requisaron cajas y cajas del champán que se servía a los veraneantes, y las trajeron a la sede. Larrañaga, el comunista comisario jefe de la Junta de Defensa, había dejado a los de la CNT sin una sola de las armas que habían requisado a los sublevados, pero ellos, como desquite, al menos se habían hecho con todo el champán. Decían que tendrían bastante hasta que acabara la guerra. “Bebe otro poco”, y nosotros bebimos. Entraba fácil, aunque no estuviera muy frío. Aquella botella ya estaba casi vacía, y nos sacaron otra.

Entre tanto, la partida seguía su curso.

—¿Tenéis para mucho, compañeros? —les grité, mirando al reloj que colgaba de la pared junto al San Antonio de Padua.

No, enseguida terminaban. Fuera hacía calor, y dentro más. Empezaba a ponerme nervioso, y bebí otro trago. Le ofrecí al miliciano joven la botella que me acababa de pasar Carmen. Pero el miliciano me la rechazó. “No, bebed vosotros, ya que os entra tan bien”. El se ocuparía de sacarnos otra, cuando vaciáramos aquélla.

“Quieren emborracharnos”, pensé entonces, y me levanté de golpe. Sentí un peso descomunal en la cabeza. Carmen hizo a su vez ademán de levantarse, pero tuvo que sentarse de nuevo en la silla. Miré la botella, perplejo. Apenas quedaba un dedo. Nada. Sin darnos cuenta, Carmen y yo nos habíamos bebido, los dos solos, un par de botellas de champán.

No sé de dónde saqué las fuerzas, pero me erguí, me acomodé los pantalones en la cintura y me dirigí a la habitación donde se jugaba al mus. Habían comenzado otra partida. Aquellos tipos trataban de retrasar el momento de llevarnos al obispo. Les causaba verdadero pesar que nos lo lleváramos al paredón.

Empuñé la pistola y, apuntando a los presentes, entré en la habitación. Ordené al obispo que se levantara. El obispo dio la mano a sus guardianes uno por uno y, con gesto digno, adelantó las manos hacia mí para que se las esposara. Le dije

que no sería necesario, tras lo cual, recogíendose el hábito con un mano, se dirigió a la puerta. Carmen, delante de San Ignacio, susurraba “Inazio gure patroia handia”, al tiempo que le robaba al santo la botella que éste tenía encajada en su dedo índice. “¡Carmen!", le grité. Ella lo dejó todo, empuñó el máuser y se colocó detrás del obispo, clavándole la bocacha entre las costillas. Salí tras ellos, mirando hacia atrás.

No quería sorpresas.

—¡Tranquilos —les dije al salir—, tal vez no acabe en el paredón!

13

–¡POR FIN! ¡Ya creía que no ibais a venir nunca!

Román estaba al pie de la escalera, mirando nervioso hacia arriba.

–Sujeta a Carmen, Román...

–¿Que la sujete?, ¿cómo?

–Pues como sujetabas a aquellas señoritas que te esperaban en el hotel después de los combates...

Carmen bajaba las escaleras con los ojos en blanco, apoyando el hombro contra la pared de la derecha. Si Román no llega a sujetarla por las caderas, se habría ido al suelo. El obispo nos observaba boquiabierto.

–Don Román, usted... –se le escapó al arzobispo, al ver a su subordinado vestido de aquella guisa.

–Yo, don Joaquín... –respondió Román en voz baja–; no tema, ya pasó todo.

Al llegar al portal, abrí los brazos para impedir el paso a los que venían detrás.

–Usted primero, don Joaquín, y no olvides que vas preso... –
No sabía qué tratamiento darle.

Dejé libre el paso, y salí tras él, apuntándole a la espalda con la pistola. Román y Carmen venían detrás de mí, seguramente agarrados de manera bastante ridícula. Pero no volví la cabeza para comprobarlo. Sentí que, detrás, se abrían algunas ventanas, y también que alguien empezaba a cantar desde un balcón: “¡A las barricadas! ¡A las barricadas, por el triunfo de la Confederación!”. Abrí la portezuela trasera del coche e hice subir al obispo. Yo subí en el sitio del conductor. Pero, antes de montar, alcé la mirada hacia el balcón. Cuatro milicianos cantaban, puño en alto. Levanté el puño también yo, tímidamente, a modo de despedida. Abrí desde dentro a Román, que hizo entrar a Carmen como pudo. El se sentó al lado del obispo. Sin darle tiempo a cerrar su puerta, encendí los faros y arranqué.

Román tomó la mano del obispo, y le besó el anillo.

–Deberá explicarme, don Román, qué hace usted con estos diablos ateos... –le reprendía, alzando el dedo índice que tenía libre sobre la cabeza de Román.

Era ya noche cerrada, y hacía mucho calor. No refrescaba. Carmen dormía profundamente a mi lado, y la cabeza se le vencía sobre mi hombro. Me veía obligado a empujarla cada vez que tenía que cambiar de marcha. Tampoco yo estaba completamente despejado, es cierto; lo veía todo borroso

frente a nosotros. Pero, así y todo, me las arreglaba para mantener el coche en la calzada. Sin darme cuenta, tomé una dirección equivocada, y me metí en una calle que parecía no tener salida. Calle de la Salud, pude leer en un rótulo, torciendo los ojos. Y de pronto se esfumó toda la neblina de mi vista: allí estaba mi camión, aparcado junto a la acera, con sus banderas y las pintadas de Fructuoso en los adrales. Pisé el freno hasta el fondo. “¿Qué pasa?”, quiso saber Román. Le pregunté si no conocía aquel pequeño Peugeot. Comencé a dar la vuelta allí mismo.

Miré hacia los balcones de la calle, por si acaso. En uno de ellos, vi a una mujer y un hombre abrazados, con una botella en la mano, besándose y bebiendo alternativamente. La mujer vestía una combinación, aunque, al parecer, no por mucho tiempo, pues el hombre estaba ya desnudo, con una gorra de miliciano como único atuendo.

Salimos de allí a toda velocidad.

Una vez nos hubimos calmado todos un poco, Román comenzó a resumirle sumariamente al obispo lo que estaba ocurriendo, anunciándole de paso que debería posponer para otra ocasión la gloria del martirio, puesto que, aunque era el camino más seguro al cielo, por esta vez se había librado de conocer el paredón.

—¿Entonces...? —preguntó mansamente el obispo.

–Entonces, pues que tú has conseguido la libertad, y yo también –dije con aspereza–. No tendrás que padecer más semejantes torturas. ¡Se acabó!

Cuando oyó la palabra tortura, se puso serio: “No, esos jóvenes me han tratado muy bien. No tengo la menor queja. Son muchachos sanos, un poco asilvestrados, pero sanos”. Cuando Román le preguntó por su corazón, contestó que lo sentía como el de un muchacho, brincándole en el pecho. Yo entonces le dije que, al menos, fumaba como un muchacho; pero eso no pareció agradarle demasiado, a juzgar por el profundo silencio en que se sumió. Román, tratando de cambiar de tema, dijo que había oído tiros mientras nos esperaba en el portal. Yo, que por supuesto; que por eso estaba Carmen herida. “¿Qué te habías pensado? Al ver al obispo atado a semejante potro de tormento, no nos ha quedado más remedio que liarnos a tiros”. Román comprendió inmediatamente que me estaba burlando, y guardó silencio.

Yo estaba sentado encima de una manta y, tirando de ella, se la pasé a Román por encima del asiento:

–Échase por encima.

–¡Hace calor! –se quejó el obispo.

–¡Más calientes estarán las calderas del infierno! –le espeté, desabrido.

Román le explicó de buenas maneras que yo tenía razón: si nos paraban en un control, iba a resultar un tanto raro ver a un obispo, y vestido de obispo además, en la insólita compañía de tres milicianos.

Don Joaquín aceptó la manta, sin más quejas.

—¡Y quítale esa gorra, por dios!

Román le retiró de la cabeza con la mayor reverencia el solideo episcopal.

Íbamos camino del Antiguo. Irujo nos había preparado un refugio en un caserío de Igara. Metimos el coche en un cobertizo frente al caserío. Permanecimos un momento en silencio y con las luces del coche apagadas, por si se oía algo raro... No oímos más que el croar de las ranas. Abrimos las puertas, y salimos.

“Inazio gure patroï handia”, entonó Carmen.

EL DUEÑO DE LA CASA nos esperaba en el zaguán. Nos abrió la puerta y, cuando vio entrar al obispo, le tomó la mano y le besó el anillo. Dentro, dos hombres con boina aguardaban armados junto a la puerta. El dueño nos hizo pasar y, una vez en la cuadra, nos señaló las escaleras del desván. Se disculpó diciendo que no era, obviamente, el lugar apropiado para un arzobispo, pero allí estaría seguro y, aunque tuviera que pasar un par de días, podía considerarse en su casa.

Subimos al desván, y nos llevamos una sorpresa considerable al verlo repleto de gente, la mayoría de ellos, sentados y apoyados contra la pared. Mostraban el rostro relajado de quien, con el miedo aún reciente, se ve por fin libre de él, bien que no de manera definitiva. Pero el miedo retornó, súbito, a sus rostros cuando Román saludó a los presentes con un “¡Buenas noches!”. Comprendí de inmediato que su desazón tenía que ver con nuestra vestimenta, por lo que me quité la gorra rojinegra de la cabeza, y le indiqué a Román que hiciera lo mismo. Román, con una sonrisa nerviosa en los labios, dio someras explicaciones sobre nuestra situación.

En una esquina, apilamos heno para prepararle al obispo un lugar donde dormir, y nos sentamos no lejos de él. Vimos a otros cuatro hombres con boina en las cuatro esquinas, de pie, y a otros dos en un altillo, tumbados y armados con fusiles, vigilando la escalera.

Uno de los hombres sentados en el desván se levantó y comenzó a pasearse de lado a lado con rápidos pasos. Era joven, grueso, y su rostro mostraba un marcado color sanguíneo. En un nervioso ir y venir, parecía inmerso en sus cavilaciones. Clavé los ojos en él. En éstas, se puso a hablar solo. O eso me pareció a mí al principio, pero, al poco tiempo y tras aguzar el oído, distinguí con claridad que estaba recitando una lista de nombres. De pronto detenía su alocado paseo, y parecía atascarse en un nombre; repetía tres o cuatro veces el mismo nombre, y reanudaba su paseo, comenzando de nuevo la lista desde el principio. Entonces me pareció un loco. En su paseo, tras unas cuantas idas y venidas, llegó a una de las paredes del desván, se dio la vuelta, y se sentó con la espalda contra la pared. Tenía la mirada perdida, pero sus ojos permanecían fijos en la escalera que, frente a él, conducía al altillo.

El dueño de la casa apareció en ese momento escaleras arriba. Traía en las manos una gran fuente de loza, y tras él venía una muchacha, con una bandeja. En la bandeja, cuatro tazones de gran tamaño. Vinieron directamente hacia nosotros. En la fuente había trozos de pollo, y en los tazones,

café con leche caliente. El obispo dio las gracias con toda cortesía, pero rechazó el pollo. Por el contrario, bebió casi de un trago el café con leche. Carmen, por su parte, incapaz de comer nada, dormía profundamente sobre el heno apilado. Román y yo comimos a gusto el pollo.

Cuando hubimos terminado, el dueño de la casa se sentó junto a nosotros, y la muchacha se marchó escalera abajo, llevándose la bandeja con la fuente y los tazones vacíos. El obispo le pidió al dueño permiso para fumar un cigarro. Este le dijo que por supuesto, que no tenía por qué pedirle permiso, pero que al terminar lo apagara bien: “Basta una colilla mal apagada para que prendan el heno y la paja, y con ellos, toda la casa”. Román reconvino al obispo recordándole que a su corazón no le convenía en absoluto.

“Pues ahora tendremos que cuidarlo”, asintió el obispo, y guardó de nuevo el pitillo en la petaca.

En ese momento, el joven de antes se levantó, y reemprendió su paseo ante nuestros ojos.

–¡Pobre Artola! –exclamó el dueño, señalando al hombre que se paseaba de un lado a otro recitando una lista de nombres.

–¿Loco...? –le preguntó Román.

–Poco le falta...

Nos contó que Artola trabajaba en la Diputación, en las oficinas de la Junta de Defensa. Era de ANV, y al mediodía, tras

el bombardeo del Cervera, vio que un grupo de la CNT, como media docena de milicianos, entraba en la Diputación con gran estrépito. Traían un papel que no querían mostrar a nadie, y recorrieron las dependencias del palacio de punta a cabo entre risas y gritos. Aprovechando un momento de descuido de los milicianos, él se hizo con el papel. Se trataba de una lista de nombres y, por si acaso, trató de memorizarla. En la medida en que se lo permitieron los cinco minutos de que dispuso. Cuando salió de allí, corrió a buscar a Irujo.

Al dar, por fin, con Irujo, le contó lo que había podido ver. Irujo lo puso contra la pared: “¡Suelta los nombres!”, y su secretario los apuntaba. Dijo diez nombres seguidos, sin dudar un instante. Todos conocidos derechistas y potentados de la ciudad. ¿Cuántos eran? Veinte, eso lo sabía seguro. “¡Suelta los nombres!”, le insistía Irujo. Y al cabo de un rato dijo otros cinco. “Te faltan cinco, ¡ánimo!”, le dijo Irujo. Pero sólo le venían a la memoria los nombres que ya había dicho. “¡Ese ya lo has dicho!, ¡otro!”. Pero no recordaba ningún nombre nuevo. Tratando de concentrarse, comenzaba la lista desde el primero, pero al llegar al decimoquinto, se atascaba.

No obstante, logró decir dos nombres más. Diecisiete en total. Faltaban tres nombres. Y el tiempo pasaba. Irujo formó inmediatamente un pelotón de gudarís, y ordenó a Artola que fuera con ellos a la cárcel de Ondarreta, por si en el camino recordaba los nombres de los otros tres. Y en el camino recordó dos más. Faltaba uno.

Una vez en Ondarreta, dieron los diecinueve nombres y, aunque no sin problemas, lograron que les entregaran aquellas diecinueve personas.

–Son estos que tenéis aquí...

–¿Y el vigésimo?

Le dijeron que ya era tarde para él. Pero Artola, lejos de resignarse, se devanaba los sesos tratando de recordar aquel nombre.

En ese momento, el propio Irujo apareció por la escalera. Artola fue directo a su encuentro.

–Olaguíbel –dijo Irujo, con la vista en el suelo.

–Olaguíbel Urdaneta... –le salió a Artola, de pronto, al tiempo que se le relajaban todos los músculos del cuerpo.

Cogió a Irujo por las solapas; los ojos parecían querer salir –sele de las órbitas. No dijo nada, pero aquellos ojos lanzaban una pregunta a Irujo. Este movió la cabeza de lado a lado. El joven apoyó su espalda contra el poste de madera que tenía detrás, y se dejó deslizar lentamente hasta el suelo. Luego escondió la cara entre las manos.

–Tranquilo, Artola, has hecho cuanto has podido...

Artola, entre sollozos, repetía “Olaguíbel”, una y otra vez. “Olaguíbel Urdaneta, José Luis”.

IRUJO OLVIDÓ NO YA BESARLE EL ANILLO al obispo sino incluso darle la bienvenida. Se sentó junto a nosotros, sombrío, y comenzó a desgranar una a una para nosotros las últimas noticias de la guerra. Los sublevados controlaban la frontera desde la semana anterior. Irún había caído y, de no mediar un gran milagro, San Sebastián seguiría el mismo camino. No podrían resistir mucho tiempo a los carlistas que venían por Oyarzun. Los fascistas no tardarían en llegar a la capital de Guipúzcoa.

Tenían que comenzar a evacuar el casco urbano, y las fuerzas políticas y sindicales representadas en la Junta de Defensa no se ponían de acuerdo en la forma de proceder. “Más de uno quiere hacer la guerra por su cuenta, y sirve más de estorbo que de ayuda”. En ese punto se le escapó una blasfemia. Pero se dio cuenta apenas proferida, y pidió disculpas al arzobispo, no tanto por la blasfemia como por haberse comportado como si no estuviera allí, sin darle siquiera la bienvenida.

El arzobispo simuló no haberlo oído, y preguntó por el destino de aquellas diecinueve personas que se cobijaban en el desván. Irujo le respondió que al día siguiente los conducirían,

escortados, a Bilbao. Seguramente a la cárcel de Larrínaga. Allí estarían más seguros. Vizcaya era el territorio que mejor controlaban.

—¿Y nosotros? —preguntó entonces Román.

Estaban organizando el Ejército Vasco en Loyola, y nos aseguraron que en ningún sitio estaríamos tan seguros como allí. Pasaríamos el día siguiente en aquel desván, y a la mañana siguiente nos dirigiríamos a Loyola, por Zarauz. Habían traído un mono y una boina negra para el arzobispo, dado que en el camino nos toparíamos con muchos controles, y no podíamos esperar una acogida amistosa en todos ellos. No teníamos más que pedirle las ropas al dueño de la casa, y él nos las daría. El propio Irujo iría a Zarauz por otro camino, y nos esperaría allí. No nos podía poner escolta hasta Zarauz, pero desde allí iríamos escoltados a Loyola.

Concluidas las instrucciones, Irujo se levantó. Nos explicó que debía incorporarse a la tarea de organizar la evacuación de San Sebastián. El arzobispo le dio las gracias: “Nunca olvidaré lo que están haciendo. No sé cómo devolverle el favor”. Irujo le contestó que algún día podían cambiar las tornas, y que, llegado el caso, se sentiría retribuido si el obispo hacía otro tanto. Este deseó al diputado buena suerte en su cometido y, puesto en pie, lo bendijo. Irujo, al recibir la bendición, exclamó “Todo nos va a hacer falta”, y salió. Al pasar junto a Artola, que seguía gimiendo apoyado contra el poste, le acarició la cabeza

y, tras cruzar unas palabras con el dueño, desapareció sombrío escaleras abajo.

El obispo se tumbó sobre la hierba apilada, y se durmió en el acto. Yo encendí un cigarro.

—De ahora en adelante, te las tendrás que arreglar solo —le dije a Román.

—No puedes hacer eso, Andrés.

—¿Acaso se te ha olvidado la cuarta regla que convinimos en Bilbao?

El replicó que, si San Sebastián estaba a punto de caer, no sabía qué podía pintar yo allí. Además, Fructuoso merodeaba por la ciudad, y no precisamente en busca de gente para formar un coro. Aquel hijo del diablo no me perdonaría jamás haberle impedido utilizar al obispo para abonar algún campo de nabos.

Le dije que en la CNT no todos eran como Fructuoso: “También los hay como Amancio, quien, en vista de que aquí no encontraba trabajo, se vio en la necesidad de emigrar, porque los nacionalistas que tú tanto ensalzas no le daban empleo. Y todo por haber organizado una huelga en el astillero. Y así fue como tuvo que dejarse las pestañas en una imprenta de París a cambio de dos reales, que invirtió en sus estudios. También Amancio es la CNT, y ésa es mi gente”.

¿Qué más podía esperar de mí? Me había alistado en las filas de la revolución, y ¿a qué me dedicaba, en lugar de pelear por ella? Dejaba San Sebastián en manos de los fascistas y, hala, rumbo a Loyola, dispuesto a unirme a los jebos nacionalistas, los explotadores de Amancio. Y nada menos que para facilitar la huida a un obispo que, no bien hubiera pasado al otro lado y se viera seguro entre los fascistas, le faltaría tiempo para ponerse a decir pestes de nosotros. Porque no se creería él toda esa retórica agradecida del obispo...

–Tal vez los caminos de esa vuestra Revolución sean como los de nuestro Dios... inescrutables...

Argumentó que tampoco en la Iglesia eran todos como el arzobispo de Valladolid. Lo que el obispo pudiera hacer después, era sólo cosa suya, y sobre su conciencia caería. Su cometido consistía en salvar del peligro que corría al hombre que se ocultaba bajo aquellos ropajes. Eso era lo fundamental: cada hombre y cada mujer, tomados de uno en uno. Hombres y mujeres que se llamaban Olaguíbel, Gorrochategui o Artola. El hombre, y también la mujer, están por encima de cualquier revolución.

–También por encima de cualquier dios... –apostillé yo, raudo.

En eso él no podía darme la razón, “¿como tú bien sabes?”, pero me exhortaba a pensar que, si todos éramos hermanos, deberíamos respetarnos mutuamente la vida, aunque fuera

para hacer la revolución. “Poca revolución cabe hacer con los muertos”, remachó.

Le dije que yo no haría proselitismo con él, pero que tampoco él debía hacerlo conmigo.

–¿Entonces...? –se empecinó Román, aunque ahora con cierto recato.

–Entonces, que no quiero sermones... –le contesté, pensativo, tratando de aplazar la verdadera respuesta.

–Sólo hasta Zarauz...

–Ya veremos...

Y me tumbé sobre el heno apilado, con la mirada en el techo.

PASAMOS EL DÍA OCULTOS en aquel desván. Artola debió de marcharse de buena mañana, aunque no lo vimos salir. Hicimos las tres comidas: desayuno, comida y cena. El obispo parecía haber olvidado el ayuno de la víspera, el caso es que nos las vimos y deseamos para hacernos con algún trozo de pollo antes de que él le echara mano. Román ni siquiera me mencionó nuestra conversación de la víspera, y Carmen bastante tenía con su resaca. El día transcurrió sin novedad, y nos tumbamos para dormir antes de que anocheciera por completo.

Al día siguiente me levanté antes del alba, y esperé tranquilamente sentado, con las rodillas contra el pecho, a que despuntara el día. De vez en cuando, miraba hacia un lado y comprobaba que el obispo dormía como un ángel; a su lado, Román abría los ojos de tanto en tanto. Carmen dormía unos metros más allá. Ofrecí un cigarro a uno de los emboinados centinelas. No me lo aceptó.

Tenía tomada mi decisión. La había adoptado la víspera, en el preciso instante en que le decía a Román “Ya veremos”; pero no quise comunicárselo entonces, ni tampoco a lo largo del día

siguiente. Acababa de percibir los primeros destellos del sol, cuando vi aparecer por las escaleras al dueño del caserío. Se acercó a mí, y me dio un hatillo. Lo desanudé, y saqué un mono azul; la boina también estaba allí. Me susurró que eran para el arzobispo.

Carmen fue la primera en levantarse. Se acercó a mí y me besó. Quiso saber a dónde íbamos a llevar al obispo. “¿Tú quieres venir?”, le pregunté. “¿Tú vas a ir?”, me preguntó. Me encogí de hombros. “No puedes dejarlo ahora”, me dijo. “Tenemos que llevarlo a Zarauz, sólo hasta Zarauz”, y la besé.

Poco a poco, y a medida que el desván iba mostrándonos su perfiles a la luz del nuevo día, los diecinueve refugiados fueron abriendo los ojos. El último en despertar fue el obispo. Cuando se incorporó sobre el heno, le lancé el mono al regazo.

–Vístase usted; y prepárate, porque salimos a las nueve.

Seguía haciéndome un lío con el tratamiento. Román me sonrió.

–Hasta Zarauz –le advertí entonces.

–Hasta Zarauz –asintió Román.

Cuando observé que el obispo permanecía inmóvil, con el mono en la mano, y mirando a un lado y a otro, le pregunté a qué esperaba. Señaló con la barbilla en dirección a Carmen. Román tomó a Carmen por el codo, le dijo que debían ayudar al anfitrión a preparar el café con leche, y bajaron juntos.

Conduje al obispo hacia una pila de balas de paja. Separé las balas de la pared lo suficiente para que cupiera, y se metió en aquel hueco. Permanecí allí, vuelto de espaldas, cuidando de que nadie se aproximara.

“Ya está”, dijo al cabo de un rato el obispo. Me volví. Puesto en pie, me miraba como si esperara mi aprobación. Con aquel mono y tocado con la boina, el obispo parecía un anciano camino de la fábrica. Pero, sobre el peto del mono, llevaba bien visible la enorme cruz pectoral.

—¿Qué, para que los milicianos tengan a dónde apuntar? —le pregunté, señalándosela.

Me dijo que la escondería bajo la ropa, que no se la vería nadie, y empezó a bajarse la cremallera del mono. “Traiga”, le dije. “¿Dónde la vas a guardar?”, me preguntó. Parecía angustiado. Le dije que la guardaría en la mochila, y que allí estaría a salvo, junto al resto de la ropa. Le pedí también el anillo. Se lo sacó del dedo y, tras besar el anillo y la cruz, me los dio.

Tomamos el café con leche. El dueño nos dio una hogaza de pan y chorizo, y, tras despedirnos del resto de refugiados, Carmen, Román, don Joaquín y yo nos dirigimos al coche. Lo pusimos en marcha, y, cuando apenas habíamos salido del cobertizo, el anfitrión salió del caserío y nos dio unos golpecitos en el cristal. Abrí la ventanilla de mi lado, y me ofreció un ejemplar del periódico bilbaíno *El Liberal*: “He ido a

primera hora a San Sebastián para comprarlo. Les vendrá bien para disimular”. El obispo iba a mi lado, y se lo pasé a él. Se lo puso en el regazo. Le di la vuelta, de manera que la cabecera del periódico quedara bien a la vista. El hombre nos despidió con la mano desde la puerta del caserío.

Notamos mucho movimiento en la carretera. Nos cruzamos con vehículos de diversos partidos, en su mayoría camiones que se dirigían hacia San Sebastián, todos ellos cargados de milicianos. Tras rebasar Añorga, ya a la altura de Recalde, tomamos por Hirubide hacia Usurbil. En dirección contraria, pasaron unos camiones de la CNT, también repletos de milicianos. Cerca ya de Usurbil, vimos un caserío en llamas. No había nadie en las inmediaciones. Pero, tras una curva, la visión de un hombre tendido en la cuneta me hizo pisar el freno. Tenía la espalda apoyada contra el talud, y parecía herido. Nos aproximamos más despacio.

Detuve el auto, y bajé de un salto, seguido de Román y Carmen. Era Amancio. Tenía la mano en el vientre, sobre una mancha de sangre reseca. Le retiré la mano ensangrentada para rasgarle la camisa, y entonces distinguí los dos orificios de bala. Parecía en las últimas, pero aún respiraba. Carmen le apartó el pelo de la cara y le alzó la cabeza para besarlo en la frente. Román se inclinó y le susurró al oído: “¿Sabes rezar, muchacho?”. Amancio no le respondió. Era incapaz de hablar, pero realizaba algunos movimientos convulsos. Román le dijo

que no se preocupara: “Yo rezaré en tu lugar”. Y comenzó a recitar lentamente el Padre nuestro.

—¡Aparta de ahí, cuervo! —le grité, al tiempo que lo apartaba a empellones—. ¡El hombre está por encima! ¿Recuerdas?

Román cayó al suelo. Nuestras miradas se cruzaron un instante. No parecía enfadado, sino sorprendido. Me incliné sobre Amancio, y le canté en voz baja al oído: “Quand nous chanterons le temps de cerises et gai rossignol, et merle moqueur seront tous en fête!”. Amancio me apretó débilmente el codo. Me pareció que quería decirme algo. De pronto, me apretó fuerte, hasta hacerme daño. Los ojos se le pusieron en blanco; una convulsión le sacudió todo el cuerpo y, tras una última bocanada, dejó de respirar.

Le cerré los ojos, y me puse de pie. Acabé la canción en un susurro.

RECORRIMOS EL TRAYECTO de Usurbil a Zarauz en completo silencio. Era incapaz de quitarme de la cabeza la imagen de Amancio. Y además tampoco quería quitármela. No podía sacudirme de encima la idea de que, mientras había dejado tirado a Amancio como un perro en la cuneta, transportaba en el coche a un obispo, cuervo entre los cuervos. Cada vez que miraba al obispo, me sentía culpable de la muerte de Amancio.

El PNV tenía en Zarauz sus oficinas centrales para Guipúzcoa, y a ellas nos dirigíamos por las calles del pueblo, cuando vimos en la acera la misma pareja de ancianos que un par de días antes habíamos visto en una venta de Zarauz. Detuve el coche un poco más allá, y Román abrió la ventanilla de su lado, a la espera de que llegaran a nuestra altura. Venían cogidos del brazo y, cuando llegaron a la altura de nuestro coche, Román los llamó afablemente; ellos, sin embargo, escaparon de nosotros en dirección a la playa, como si hubieran visto al mismísimo diablo.

Llegamos por fin al portal del edificio que albergaba las oficinas del PNV, donde Irujo nos había citado. Aparcamos el coche, y subimos directamente. Nos habían preparado una

especie de recepción: además del propio Irujo, nos esperaban dos o tres dirigentes del partido, un concejal de la localidad y unas diez personas más. Querían ofrecer una merienda de bienvenida al obispo. Entramos en el salón con las gorras rojinegras escondidas en el bolsillo. Nos recibieron con una ovación.

Irujo, sin embargo, captó inmediatamente, por la gravedad de nuestro semblante, que algo nos había sucedido en el camino. Le referimos en dos palabras lo que le había pasado a Amancio, y nos dijo que una partida de la CNT que se dedicaba a hacer la guerra por su cuenta merodeaba por aquellos contornos asustando a los campesinos. Se llevaban con ellos a los jóvenes por la fuerza, y eran responsables de grandes destrozos y asesinatos en los pueblos en que entraban. No atendían ni siquiera a los dirigentes de su organización, y había oído que se les habían unido algunos militantes venidos de Bilbao. También habían participado en el asalto que días atrás había sufrido la cárcel de Ondarreta, y eran responsables directos de la muerte de Olaguíbel. Los buscaban desde hacía tiempo, pero no podían atraparlos. Bastante tenían con los preparativos de la evacuación de San Sebastián; por mucho que quisieran, no eran capaces de mantener la situación bajo control.

Mientras hablábamos de esto, entró por la puerta la misma pareja de antes. Nos miraron aterrorizados de nuevo, especialmente a mí, y dieron un paso atrás. Román, con la

máxima afabilidad, fue a su encuentro con ánimo de darles explicaciones. No terminaban de fiarse, pero Román les insistía: “En efecto, soy el mismo a quien tantos sermones han escuchado en Santa María. Me alegro de que guarden tan buen recuerdo de mi persona. Vamos vestidos de milicianos para llevar a cabo una importante empresa, y ésta es la razón por la que nos habíamos conducido de manera tan grosera en nuestro anterior encuentro”. En ese momento, me tomó del codo y me condujo a su presencia. Les tendí la mano, al tiempo que les pedía disculpas por el empujón del otro día. El anciano miró desconfiado mi mano tendida, luego a Irujo, y cuando vio la sonrisa en el rostro de éste, me estrechó por fin la mano, y se rió a su vez. “Lo suyo sí que es valor. Los que iban con ustedes parecían individuos de la peor catadura, y usted, don Román, un Jesucristo rodeado de malos ladrones; especialmente el que me empujó, que parecía el mismísimo príncipe de los infiernos, pero ya le había dicho yo a mi mujer que si don Román se ha comportado así, será por algo. Dios siempre escribe recto, aunque a veces lo haga con renglones torcidos”. Al parecer, no asociaba mi rostro con el de quien le había propinado el empujón, y yo no me extendí en explicaciones.

Nos sentamos a la mesa. Irujo, Román y el obispo en asientos contiguos, y Carmen y yo mezclados con los demás comensales. Irujo hablaba sin cesar con Román, y el obispo, viéndose desplazado de la conversación, se dedicó a comer

cuanto le servían en el plato. A los postres, Irujo se puso en pie y, alzando la copa, pronunció el brindis de los infanzones de Obanos: Pro libértate patria gens libera State. El obispo le respondió que jamás olvidaría lo que los vascos, sus paisanos, habíamos hecho, y brindó por la paz, en latín a su vez, aprovechando que Irujo le había dado pie.

Cuando nos levantamos de la mesa, Román vino a nuestro encuentro.

–Bonito final, ¿no? –le dije, mientras encendía un espléndido puro—. Dos príncipes del infierno en tan angélica compañía...

–Tengo malas noticias, Andrés...

Me tendría que encargar yo de llevar al obispo a Loyola. “Bueno, Carmen y tú. Ya te diré con quién tienes que hablar, una vez en Loyola”. Irujo le había confiado otra misión, y era ineludible. Cuando le pregunté qué misión era ésa, me dijo que consistía en llevar a aquella pareja de ancianos al País Vasco Norte, a Bayona. Por mar. Zarauz también caería pronto en manos de los fascistas, y corrían peligro; se trataba de los padres de un señalado dirigente del Partido. No sería fácil, pues los fascistas dominaban el mar, pero era preciso sacarlos de allí.

“Bueno”, le dije, “¿y cuál es entonces el problema?”. Que se llevaran con ellos al obispo: éste siempre podría después desplazarse desde Francia a Valladolid. No era un niño de pecho. Me respondió que ése era precisamente el problema:

“No hay sitio en el barco, y, qué diablos, no voy a andarme con tapujos a estas alturas, y menos contigo. Tengo además otra misión: recabar apoyo internacional para el Partido y para el Gobierno Vasco que está a punto de constituirse. Especialmente en Roma”. Los obispos de Vitoria y Pamplona habían denunciado mediante un escrito la actitud del Partido. Y él no quería que el obispo se viera implicado en aquel embrollo.

Según estaba comprobando, el primer y principal cometido de toda la casta de los obispos consistía en joderme a base de episcopales tejemanejes. Así se lo reproché a Román. Y ya que hablaba de implicados, no había tenido ningún miramiento para implicarme a mí. ¿O es que no valíamos tanto como un obispo? ¿Acaso no se daba cuenta de que me estaba cerrando todos los caminos para retornar a mi vida cotidiana?

—Andrés —me cortó, serio—, no puedo obligarte. Tú verás. La conciencia te dictará una respuesta.

Le pregunté dónde habitaba aquella dama, porque yo no había tenido noticias de ella en mucho tiempo. En su opinión, sin embargo, y a juzgar por mi conducta hasta ese momento, nadie diría que tal dama me fuera desconocida. “Es más, yo, por el contrario, afirmarí que te resultaba del todo familiar. No te lo estoy pidiendo por Dios, puesto que eso es poco para ti; ni tampoco por la Revolución, que no es nada para mí. Te lo estoy pidiendo por el hombre. Por la fraternidad; puesto que en eso sí coincidimos los dos”.

Siempre obtenía las mejores calificaciones del seminario en Retórica. Entonces comprendí por qué. Y se lo hice saber: no me sorprendía que dejara boquiabiertos a aquellos ancianos hasta el punto de que se acordaran de él por unos cuantos sermones en Santa María.

—Entonces, ¿lo llevarás?

—Yo no he dicho semejante cosa... —Y me callé.

—Pero sí, lo llevaremos —terció Carmen—. Aunque después tengamos que volar la iglesia de Loyola.

La miré perplejo. Román me abrazó con fuerza.

—Aquí tienes un amigo para siempre.

—Menos más que mi para *siempre* no va más allá de la muerte... —le dije.

AL ANOCHECER NOS DESPEDIMOS de Román. Aprovechando la oscuridad, al pie del cabo de Talaimendi embarcaron en un pequeño pesquero la pareja de ancianos y Román, junto con el patrón y otros seis civiles. También subió un puñado de gudarís, armados con sus viejos fusiles, y vimos perderse el barco mar adentro en dirección a Bayona.

Nosotros pernoctamos en Zarauz.

Al día siguiente por la mañana, los tres nos metimos en un Buick, y nos pusimos en camino hacia Loyola. Tal como Irujo había dispuesto, nos seguía un camión lleno de gudarís. Al principio, el viaje transcurrió con tranquilidad; “con demasiada tranquilidad para cosa buena”, pensé. No circulaba nadie, ni en nuestra dirección ni en la contraria. Subimos la cuesta de Meagas sin divisar control alguno. Pero al llegar al alto, vimos una señal que marcaba la dirección contraria: “Sebastián 31 km”. “San” estaba tachado a brochazos. Se la mostré a Carmen. Comenzamos a ponernos nerviosos, pero no le dijimos nada al obispo, que seguía disertando sobre la belleza de aquellos parajes, la honorabilidad de los vascos y qué sé yo cuántas cosas más.

Un poco más adelante, una pintada sobre una pared rezaba “¡Caca amavirgiñari!”. Vigilábamos las cunetas con mil ojos. Incluso se calló el obispo, que tal vez percibiera nuestro desasosiego.

Comencé a tomar las curvas despacio y lo más abierto posible, de forma que pudiera divisar cuanto antes la recta siguiente, evitando así sorpresas desagradables. Pero todos mis esfuerzos resultaron baldíos. Precisamente tras una curva, divisamos, en el prado contiguo a la carretera, un pequeño camión que conocíamos bien: mi Peugeot, y ante él, un miliciano que nos apuntaba con su fusil. Yo no conocía al camarada.

El camión que nos escoltaba frenó en seco, y los gudarís echaron pie a tierra inmediatamente. Pasaron todos delante de nosotros y, desplegándose a ambos lados del camino, avanzaron con la máxima prudencia en dirección al miliciano y al camión. El miliciano gritaba, nervioso, que no avanzaran ni un paso más y nos conminaba a que nos fuéramos por donde habíamos venido. El jefe de los gudarís ordenó a los suyos que se detuvieran, a medio camino entre nosotros y el camión, y pidió al miliciano que se identificara. Este contestó que sí, que enseguida le mandaría su tarjeta de identificación, y disparó.

—¡Es uno de los que fueron a Ondarreta! —exclamó Carmen, asustada.

Tras él asomaron media docena de milicianos, entre los que me pareció distinguir a Fructuoso, que corría como un rayo a ocultarse entre los árboles de la parte baja del camino. Pero enseguida lo perdí de vista. Nos tumbamos en el coche, y los gendaris saltaron a las cunetas. Desde el coche oímos un cerrado tiroteo. Una bala perdida fue a alcanzar nuestro parabrisas, que se hizo añicos sobre nuestras cabezas. Abrí la puerta y le dije a Carmen que saltara rápido. Ordené lo mismo al obispo, pero a él tuve que empujarlo, porque de lo contrario no habría bajado; yo salté tras ellos. Sentíamos el silbido de las balas sobre nuestras cabezas. Nos cubrimos bastante bien tras un árbol caído a la orilla de la carretera. Delante de nuestra posición, el tiroteo seguía tupido. De vez en cuando, alguna bala venía a estrellarse contra nuestro parapeto, y le arrancaba algún trozo de corteza, con un ruido aterrador.

Ordené al obispo que se quedara allí, sin moverse y siempre a cubierto tras el gran tronco; que no asomara la cabeza hasta que todo hubiera terminado. Le pregunté si me había entendido. Sujetándose la boina con la mano y completamente acurrucado, me dijo que sí, que me había entendido. Que podía irme. Entonces, Carmen y yo salimos con toda precaución de nuestro escondrijo y, avanzando de árbol en árbol mientras disparábamos alternativamente para cubrirnos, tratamos de ganar una posición más avanzada que nos permitiera una mejor línea de tiro sobre nuestros oponentes.

Se me hacía extraño verme envuelto en un tiroteo contra los que hasta entonces habían sido mis compañeros.

Tres gudarís yacían muertos sobre la carretera. Habíamos visto a dos de la partida caer con los primeros tiros. Quedarían unos cuatro. Tal vez menos. Fructuoso estaría entre ellos.

Pasamos un buen rato disparando, yo con mi pistola y Carmen con su máuser. Los gudarís habían conseguido desplegarse por la pendiente que ascendía desde el arcén, de forma que abarcaban un perímetro mayor. Nuestros adversarios estaban rodeados, y no tardaron mucho en rendirse. Cuatro milicianos arrojaron las armas al suelo y salieron a la carretera con las manos en alto. También los gudarís salieron inmediatamente de sus parapetos, y redujeron a los rendidos esposándoles rápidamente las manos a la espalda. Entonces nos acercamos Carmen y yo por el centro de la carretera.

No había ni rastro de Fructuoso.

Le pregunté por él a uno de los esposados. No me contestó. No pude contener mi ira, y le golpeé con la culata de la pistola en la frente. Me acerqué a uno de los milicianos muertos. Yacía boca abajo, y le di la vuelta. Tenía el rostro completamente desfigurado, un tiro le había reventado un ojo. Le cubrí la cara con la chaqueta, para evitar que Carmen se la viera. A su pregunta muda, contesté: “Sí, es Getru”. Carmen se esforzó por

contener las lágrimas. Yo sentí como dos cerezas que se me deslizaran mejillas abajo.

En ese instante, dos hombres salieron de detrás de un árbol. Inmediatamente los apunté con mi pistola, y varios gudarís hicieron otro tanto con sus fusiles. Estaban atados de pies y manos, y avanzaron a saltitos hasta el centro de la carretera. Al parecer, los habían traído hasta aquel paraje para fusilarlos. Enfundé la pistola, y me acerqué a ellos para desatarlos. Eran de sendos caseríos de las inmediaciones, y no habían querido sumarse a los milicianos. Me confirmaron que, en efecto, había uno más en la partida, pero no sabían dónde se había escondido. Ellos estaban contra el paredón, y no habían visto nada, bastante habían tenido con esconderse cuerpo a tierra tras el árbol, para protegerse de las balas perdidas.

Hicimos subir a los de la partida a uno de los camiones; cargamos los muertos, los nuestros y los suyos, en otro; acomodamos a los campesinos en el coche, y nos pusimos en marcha. Habríamos recorrido ya unos cien metros, cuando me di cuenta.

¿Dónde diablos se nos había metido el obispo?

Marcha atrás, retrocedimos los cien metros que habíamos recorrido.

Pero allí donde lo habíamos dejado no había ni rastro de él.

LO LLAMAMOS A GRITOS, pero no obtuvimos respuesta. Revisamos a conciencia los alrededores, doscientos metros hacia adentro por cada cuneta, por si al obispo, asustado por el tiroteo, le había dado por escapar. Enseguida me di cuenta de que era en vano, porque el obispo estaba demasiado aterrorizado para huir a ninguna parte; alguien se lo había llevado, y yo sabía quién. No tenían otra salida que ir monte arriba, por lo que, divididos en dos grupos, iniciamos el ascenso, dejando allí un tercer grupito, vigilando a los detenidos. El obispo estaba entrado en años, y no muy sano del corazón; por tanto, y si no se habían escondido en algún sitio, Fructuoso no lo podía haber llevado muy lejos.

Subimos rastreando atentamente la maleza, en pos de algún rastro de su huida, pero no encontramos nada, hasta que, ganada una pequeña cima, en la linde de un helechal, apreciamos unas huellas sobre los helechos. Las seguimos hasta internarnos en un bosque. Una vez allí, y privados ya del rastro sobre los helechos, seguimos durante un trecho por el sendero que discurría entre los árboles. Un gudari dijo que aquel paraje estaba plagado de cuevas, y que quizá se hubieran escondido en alguna de ellas, a la espera de que cayera la

noche. Indecisos aún entre si debíamos o no desandar el camino recorrido en el interior del bosque, oímos de pronto unos gritos pendiente abajo. Allí, en una hondonada del arroyo, entre unos altos alisos, divisamos tres figuras que parecían provenir de otros tiempos, como salidas de una elaborada composición pictórica de la antigüedad.

Fructuoso yacía en tierra, probablemente herido; parecía llevar adherido al tobillo algún artefacto de hierro. De pie, y apuntando al del suelo con una escopeta de caza, un desconocido, y a su lado, nuestro obispo, que gritaba mientras sujetaba por los brazos al desconocido.

En éstas, el obispo nos vio, y se puso a llamarnos entre grandes aspavientos. Sin duda, estaba viviendo un trance angustioso. Bajamos talud abajo hasta un paraje donde la hojarasca se confundía con el barro, y pudimos observar el cuadro más de cerca. Fructuoso había caído en un cepo para lobos o jabalíes; aquél era el artefacto de hierro que veíamos desde la lejanía. Tenía aprisionada la pierna izquierda, y el dispositivo dentado le oprimía el tobillo. El desconocido reclamaba a gritos su derecho a acabar allí mismo con Fructuoso, y el obispo trataba de impedírselo.

Era de un caserío de la zona, padre de uno de los muchachos que se disponían a fusilar. Le dijimos que se calmara, porque su hijo estaba vivo, y que nosotros nos llevaríamos preso a Fructuoso. Sólo entonces bajó el cañón de su escopeta.

–¡Dispara, compañero! –lo animó, no obstante, Fructuoso–, ¡dispara aquí mismo, en los cojones, así seremos iguales tú y yo!

La ira se apoderó del campesino, y le disparó. Aunque no le acertó. El segundo tiro salió hacia el cielo, porque uno de los gudarís le desvió rápidamente la escopeta hacia arriba. Fructuoso ni se inmutó. Por fin redujimos al campesino, y entonces reparé en los ojos de Fructuoso. Echaban chispas; sin embargo, y a despecho del dolor, se esforzaba por mantener una sonrisa en los labios.

–¡Salud, mierdilla! –me dijo; y escupió al suelo con desdén–. ¡De sobra sabía yo que eras uno de esos jebos meapilas!

Mientras hablaba, uno de los gudarís intentaba liberarle el tobillo del cepo. Aquel artefacto diabólico debía de causarle un dolor enorme, pero él, incorporado sobre sus codos, apretó los dientes y aguantó, sin proferir la más mínima queja. Cuando le liberaron la pierna, exhaló un suspiro de alivio.

–¿Has visto a Getru?

Asentí con la cabeza. Mi gesto abatido debió de bastarle para comprender lo que había ocurrido.

–¡Otra floja! –dijo al rato–. Me libro de Amancio para poder probar a su amiguita, ¡y os la cargáis antes de que pudiera catarla!

Carmen no pudo aguantar más: le saltó al cuello y, a horcajadas sobre él, la emprendió a puñetazos. Carmen lloraba, fuera de sí. Los primeros puñetazos alcanzaron a Fructuoso en pleno rostro, pero los siguientes fueron tan numerosos como débiles, como si las lágrimas hubieran sosegado su rabia, hasta que, por fin, dejó caer ambos puños al mismo tiempo sobre el pecho del hombre, mientras su llanto se convertía en un gemido.

La cogí de las axilas para ayudarla a levantarse. Se me abrazó con fuerza.

—¿En qué recipiente vas a mearte ahora, Carmen? ¿En el charco de sangre de los libertarios leales?

Carmen me arrebató de la mano la pistola, y apuntó durante unos segundos a Fructuoso, que la miraba desde el suelo con una sonrisa desafiante. Parecía que iba a decir algo, pero Carmen lo calló de un solo tiro. Las copas de los alisos se estremecieron asustadas, y una bandada de pájaros alzó el vuelo.

—Que los muertos entierren a sus muertos —dijo, con toda calma, mientras me devolvía la pistola.

Nadie hizo el más mínimo comentario. Al cabo de un rato, el jefe de los gudarís nos dijo que él no había visto nada; en el parte pondría que había resultado muerto en combate. Otro de los gudarís sacó una hachuela de la mochila y, encaramado a un árbol, cortó dos ramas. De nuevo en el suelo, las podó con

el hacha. Se quitó la chaqueta y pidió otra a un compañero. A continuación, abotonó entre sí ambas chaquetas, volteó las mangas e hicieron pasar por ellas las ramas. Depositaron a Fructuoso sobre aquellas chaquetas, y lo llevaron en andas al lugar donde aguardaban los demás.

El obispo estaba sentado sobre una roca, pálido. Sentado sobre aquella piedra, lo vi más humano que nunca, como si aquellas sucias ropas de trabajo hubieran ahuyentado todo rastro de su dignidad episcopal. Sacó un cigarro, y nos ofreció otro a Carmen y a mí. Se lo acepté. “¿No tienes que cuidar tu corazón?”, le pregunté, tuteándolo sin dudar. “Hasta Josafat, no”, me respondió, y le ofrecí fuego. Fumamos el cigarro con toda calma y, al terminar, le dije que se levantara, que nos íbamos. Me contestó que no podía, al tiempo que se levantaba la pernera izquierda por encima del tobillo. Lo tenía hinchado a ojos vista. Dijo que se lo había torcido al bajar el talud.

Carmen y yo lo cogimos de la cintura, él pasó los brazos sobre nuestros hombros y, muy despacio, seguimos a los demás.

UNA VEZ EN LOYOLA, nos dirigimos en primer lugar al cuartel acondicionado en el propio santuario, para que los gudarís dieran las novedades a sus superiores. El camión cargado con los cadáveres siguió adelante, al depósito de cadáveres, según dijeron. Aquella fue la última vez que vi a Fructuoso, cuyo cadáver se balanceaba encima de los demás; parecía sonriente. Hicieron apearse allí mismo a los presos, y los condujeron esposados a través del huerto, hacia una pequeña puerta del santuario.

Entonces salió del cuartel un hombre. Nos dijo que se llamaba Ibarbia. Desempeñaba, al parecer, algún cargo político, no recuerdo cuál. Acogió con cortesía al obispo, al cual besó la mano, aunque no había en ella anillo alguno. Cuando se dio cuenta de que el obispo, que no había descendido del coche, estaba herido, le dijo que no se moviera, y a nosotros nos ordenó que lo lleváramos al hospital. Yo le comenté que tenía que comunicarle algo de parte de Román Eguiazabal. El me dijo que lo sabía, pero que hablaríamos al día siguiente con más calma. Que fuera a su oficina a primera hora.

Al obispo le tenían que hacer la primera cura en el hospital, pero él nos rogó que no nos alejáramos demasiado, pues no se fiaba de aquel bruto que lo había secuestrado. Lo había visto muerto, cierto, pero, así y todo, no podía quitarse de la cabeza la idea de que podía salirle al paso por cualquier esquina, lleno de encono, para terminar lo que había empezado. Así que Carmen y yo nos quedamos con el herido, mientras una joven enfermera le vendaba el tobillo. Lo atendieron con deferencia durante el tiempo que permaneció allí, y por la tarde lo trasladaron a una gran sala llena de camas. Aquella sala acogía a soldados heridos de todos los partidos. Todo el edificio mostraba bien a las claras los signos de su anterior función conventual. Pero estaba vacío desde que los jesuitas se marcharon de allí, y, ahora que se estaba organizando el Ejército Vasco, había sido acondicionado como cuartel y hospital.

Inmediatamente recibió la visita de las autoridades eclesiásticas y municipales. Le ofrecieron acomodarlo en un convento próximo, donde las monjas le depararían sus “esmerados cuidados”, pero el obispo les dijo a todos que él quería permanecer allí. Que quería estar al lado de aquellos muchachos. En mi opinión, debió de parecerle que allí, entre tanta y tan diversa gente, corría menos peligro.

En aquella sala había heridos de todas clases. Las camas estaban alineadas en dos hileras de veinticinco, con el cabecal contra la pared, de forma que los pacientes de cada hilera

veían frente a sí a los de la otra. El herido de la cama contigua estaba perplejo ante la gran afluencia de autoridades, y preguntó a su vecino si de verdad era obispo. El obispo le contestó que sí, que era arzobispo de Valladolid. “¿Y cómo, entonces, habla euskera tan bien?”. “Porque soy vasco, vizcaíno concretamente”. “Pues mal tienen que andar las cosas si han movilizado hasta a los obispos. Habían empezado por movilizar a los herreros y carpinteros, y ahora, a los obispos”.

Lo trataba de Su Ilustrísima desde el primer momento, y le preguntó qué le iban a cortar. El obispo no entendió al principio. “Sí hombre, a ver qué le van a cortar a Su Ilustrísima, porque a todos los que están aquí los habían traído para cortarles la pierna o el brazo o algo. En mi caso, por ejemplo, ha sido la pierna”, y se levantó la sábana para que el obispo viera su pierna amputada. El obispo me miró, inquieto, y tuve que decirle al cojo de al lado que lo del obispo no era nada, apenas una mala torcedura; “Le ha pasado por desobediente”, traté de introducir un poco de humor en aquella mortecina sala. El obispo rió mi chanza, y le preguntó el nombre a su vecino.

Se llamaba Bernardo, y rondaba los treinta años. Carpintero de profesión. Debía de ser oriundo de algún caserío de los alrededores, puesto que, cuando instalaron los cuarteles en Loyola, lo llamaron a él para que fabricara brazos y piernas de madera para los que habían perdido alguno de esos miembros en la guerra. Nadie podía hacerlo mejor que él. Mancos y cojos

sentían sus prótesis como si fueran sus propias extremidades. Empleaba madera de abedul, porque no la había mejor: “Blanca, dócil y ligera como pocas. Si el Señor no nos hubiera hecho de carne y hueso, nos habría fabricado con madera de abedul. Ahora tendré que hacerme con mis propias manos una pierna postiza para mí”.

—Tranquilo, hombre; también a San Ignacio le faltaba una pierna —le dijo el obispo, para animarlo.

Pero el carpintero le dijo que a él no le apenaba haber perdido una pierna. Afortunadamente, lo que había perdido era una pierna, y no un brazo. Confiaba plenamente en la prótesis que fabricaría con sus propias manos, trataría de hacerla con cariño. “Aunque eso no quiere decir que las demás no las haga con cariño, no. Pero cuando es para uno mismo, qué puedo decirle yo, también los curas ofician el funeral de la madre propia con más sentimiento que los de otro cualquiera, y no porque no pongan sentimiento en los funerales de los demás, sino porque el de su madre los conmueve en lo más profundo”.

—Entonces, ¿qué es lo que te apena? —le preguntó el obispo.

—Pues no sé. Quisiera un abedul del lugar donde nací para fabricarme mi pierna postiza.

—No es mucho lo que pides.

En tiempos de paz, no, pero en tiempos de guerra era más complicado. La línea de fuego se situaba cerca de Bidania, precisamente frente al lugar donde él había nacido, y aquellos parajes estaban ahora en poder de los carlistas, por lo que no se podía llegar allí sin más. El día en que lo hirieron, estaba precisamente disparando contra su aldea natal. Aterrado, había tenido que disparar contra los cuatro caseríos que formaban el núcleo de la aldea. “Es duro disparar contra la casa en que uno ha nacido, sabiendo además que en ella están todavía tu padre, tu madre y toda la familia de uno”.

Una mañana conquistaron la posición, lo cual le dio oportunidad de abrazar a su madre, pero los carlistas se volvieron a hacer con la aldea, y ellos tuvieron que huir en dirección a las tres colinas que guardan la aldea. Allí, en Olamuño, perdieron a uno de los hombres, un excelente mozo de veintitrés años. Sebastián Pagalday. De Escoriaza. Murió en brazos de Bernardo y, en su agonía, el muchacho le había dicho que, si tenían que cortarle la pierna, el propio Bernardo tendría que hacerle una postiza. Él mismo le traería de Escoriaza un pequeño abedul del mejor porte. El pobre sentía un dolor muy agudo en la pierna, y creía que su herida estaba allí, pero su peor herida no era ésa, sino una que tenía en el pecho, y allí se quedó, tras una dolorosa agonía. Fue en aquel mismo enfrentamiento en el que Bernardo había perdido su pierna, arrancada de cuajo por una bomba de mano, y desde entonces estaba en aquel hospital.

No le dolía. Había visto todas las estrellas, eso sí, pero los dolores habían desaparecido ya. Ahora se dedicaba a pensar cómo tallaría la pierna postiza, pero no tenía a mano ni un sólo abedul joven de buen porte, con tantos como había en su aldea. Eso era lo que apenaba a Bernardo.

AL DÍA SIGUIENTE, encomendé a Carmen el cuidado del obispo y de Bernardo, y me fui al cuartel, para entrevistarme con el hombre que Román me había indicado. Me condujeron a una estancia que había sido celda de jesuítas y, tras una breve espera, se presentó aquel Ibarbia a quien había conocido la víspera. Le referí todo lo relacionado con el obispo. Estaba, al parecer, informado de que existía, hasta el día anterior, el propósito de llevarlo a Bilbao, y desde allí pasarlo en barco a Francia. Incluso habían adquirido el pasaje, pero llegaban malas noticias desde San Sebastián, ya en manos de los fascistas, y no resultaría fácil llevar al obispo por carretera a Bilbao. Había controles de un bando y de otro. Me dijo que lo mejor sería que, una vez en la línea del frente, se pasara al bando de los sublevados. Se trataba de parlamentar con el enemigo y, aprovechando un alto el fuego, pasar al otro lado. Le pregunté si no sería muy peligroso, y me contestó que sería una minucia, comparado con lo que aquel anciano había pasado ya. Un juego de niños. También le mencioné que estaba herido, ya lo había visto la víspera. Nada grave, una mala torcedura del tobillo, pero no podría caminar. Tampoco eso lo

arredró: en ese caso, iría en burro, le colocarían alguna enjalma o unas albardillas o algún tipo de silla para que pudiera montar.

En ese mismo instante estaba a punto de subir hasta el frente y, si yo quería, podíamos ir juntos para ver si se podía hacer algo.

Él conocía a alguien que estaría dispuesto a ayudar al obispo. Yo me mostré encantado: quería que la situación progresara de una manera o de otra. Añadí que estaba deseando olvidar cuanto antes aquella pesadilla.

Así montamos en el coche de Ibarbia y, con un puñado de gudarís como escolta detrás de nosotros, subimos por Beizama hasta la línea del frente, situado más arriba de la venta llamada Santutxo, y desde donde estaban cañoneando una loma situada al otro lado del valle. Eran cuatro cañones, del siete y medio, y el cañoneo era muy nutrido en ese instante. Desde la cima de un monte próximo, un reducido grupo de gudarís indicaba a los artilleros, mediante un espejo y en código morse, las coordenadas de tiro. Desde la loma opuesta, el enemigo respondía barriendo las posiciones de los gudarís con una ametralladora pesada. En medio, en lo más profundo de la hondonada, Albiztur.

En las inmediaciones de la venta de Santutxo, a la sombra de un pequeño olmedal, el ventero se dedicaba a picar la guadaña.

Le preguntamos si no le daba miedo el tiroteo. Contestó que las balas pasaban muy altas, y que a él no le parecía que pudiera pasarle nada malo estando tan cerca de su casa. Ibarbia le preguntó si conocía algún modo de hacer llegar una carta al otro lado; a Albiztur, concretamente. Al hombre le pareció cosa fácil, y llamó a un crío de unos diez años que estaba por allí. “Éste se la pasará”. Era su hijo menor, “y de toda confianza”, añadió. Ibarbia escribió allí mismo una carta para el párroco de Albiztur. En ella le preguntaba si podría acercarse hasta allí con algún militar de graduación del otro bando. Se trataba de un asunto importante. Al parecer, Ibarbia conocía al párroco, del cual me dijo que, aunque carlista furibundo, era de buen corazón. No era la primera vez que intentaban pasar mensajes al otro lado por medio de él.

Al cabo de dos horas, que empleamos en tomarnos un par de chiquitos en la venta de Santutxo, el chaval estaba ya de vuelta. Tras él, el párroco de Albiztur, resoplando, y un teniente enemigo con dos soldados. El teniente nos saludó con llaneza. Los soldados que lo acompañaban se quedaron fuera, mientras Ibarbia, yo, el párroco y el joven teniente entrábamos en la venta. Nos sentamos en torno a una mesa y, sin el menor rodeo, les explicamos que teníamos en Loyola al arzobispo de Valladolid, y que deseábamos hacerlo pasar al otro lado, de forma que pudiera regresar a su diócesis; queríamos saber si podríamos llegar a un acuerdo. No pedíamos nada a cambio, actuábamos movidos por motivos humanitarios.

El joven teniente escuchó nuestro relato con seriedad, pero, receloso, nos preguntó a qué venían aquellas prisas, a qué obedecían medidas y actos tan inhabituales en plena guerra.

Le repetimos que actuábamos por motivos humanitarios. Que el obispo estaba bastante delicado del corazón, y que debía proseguir su tratamiento en San Sebastián, en la clínica del doctor Oreja. También se había torcido el tobillo, de forma accidental, poca cosa, pero en Loyola no se le podían dispensar los cuidados necesarios. Sí en el caso de la torcedura de tobillo, pero no para la afección cardíaca. Y de ahí la prisa y medidas inhabituales. Actuábamos movidos por motivos humanitarios.

El no veía problema, era de San Sebastián y conocía la clínica del doctor Oreja, pero debía hablar con su capitán, por lo que no nos podía dar una respuesta en ese momento. Tendríamos noticias suyas antes del anochecer. Salimos todos. Fuera charlaban animadamente los gudarís de nuestra escolta y los dos soldados que habían acompañado al teniente. En euskera. Cuando vieron salir al teniente, los soldados se pusieron repentinamente serios y se aproximaron a él. El teniente y los soldados se marcharon con el niño; si hubiera algún encargo, lo transmitirían por medio del chaval.

El teniente se marchó, pero el párroco de Albiztur se quedó con nosotros, tomando un chiquito y charlando de la guerra. Era un hombre entrado en años, y vestía sotana. Parecía un hombre tranquilo, pero nos hablaba con desconfianza. Notábamos que trataba de sonsacarnos algo. Nos preguntó por

el obispo, cómo era, si alto, bajo, gordo, flaco, como cuántos años le echábamos. Al comprobar que todas nuestras respuestas coincidían con la realidad, nos confesó que él lo conocía, que habían estado juntos en el seminario. No se había atrevido a decir nada delante del teniente, pues, al fin y al cabo, nosotros sabríamos lo que estábamos haciendo, pero era imposible que el arzobispo de Valladolid estuviera en Loyola. Como prueba de lo que decía, se sacó de la sotana un ejemplar de El Diario de Navarra. Abrió el periódico sobre la mesa, y nos señaló una fotografía del obispo y el titular que se leía al pie de ella: “Asesinado el Arzobispo de Valladolid Monseñor D. Joaquín de Gorrochategui”. A continuación, en cuerpo menor: “Tras la cobarde huida de las hordas rojo–separatistas de la martirizada capital guipuzcoana quedó un reguero de sangre española. Entre los mártires que la jauría roja dejó a su paso se encuentra el Arzobispo de Valladolid, Excelentísimo y Reverendísimo Sr. D. Joaquín de Gorrochategui, que murió perdonando a sus asesinos cuando se burlaban de él momentos antes del sacrílego crimen”. Le dije inmediatamente al párroco que era mentira. Y que, además, dudaba de que el que aparecía en aquella fotografía fuera el arzobispo Gorrochategui: “Don Joaquín está en Loyola, y, si quiere, puede venir con nosotros a saludarlo. A no ser que confíe usted más en ese papel que en nosotros”. Nos dijo que nosotros sabríamos lo que hacíamos, pero que si los militares aceptaban el trato y resultaba que el que nosotros traíamos no era don Joaquín, él se vería obligado a descubrir el engaño. “Mejor

sería, ciertamente, que lo que dicen ustedes sea verdad, y lo digo por su bien”.

AL ANOCHECER, tal como había dicho el teniente, apareció el niño de Santutxo con una carta en la mano. Ibarbia la abrió, y primero la leyó para sí. A continuación, nos resumió en voz alta su contenido a todos los presentes. Sí, aceptaban el trato, pero bajo las siguientes condiciones: el alto el fuego se extendería desde las diez a las doce de la mañana. El obispo debería atravesar las líneas en ese intervalo. Iría solo, con el niño de la venta de Santutxo como guía, y si al señor arzobispo le resultaba imposible caminar, podría ir a lomos de un caballo o de algún otro animal. Ellos lo recogerían en su lado, y el fuego no se reanudaría hasta que el niño hubiera regresado a su casa. Si estábamos de acuerdo, debíamos comunicárselo al señor párroco de Albiztur, quien haría sonar la campana de la iglesia a las diez y cuarto en punto. La carta contenía también un aviso: si quien cruzaba las líneas no era el arzobispo de Valladolid, lo matarían a tiros allí mismo: “Sea quien sea el que aparezca, será inmediatamente pasado por las armas”, ésas eran las palabras exactas.

—Estos también han leído el periódico —dijo Ibarbia.

Las condiciones, por lo demás, nos parecieron razonables, y le dijimos al párroco de Albiztur lo que tenía que hacer. Nos prometió que así lo haría, y nos dijo que al día siguiente vendría con su hermana monja, que también conocía bien al obispo y se alegraría de verlo vivo, después de tanto como

había llorado al leer la noticia del periódico. Bajó a pie el camino hasta Albiztur. Nosotros regresamos en el coche al hospital de Loyola.

Al llegar al hospital, le conté inmediatamente nuestro plan al obispo. “¿Dónde dices que está ese sitio?”, me preguntó; le mencioné los nombres de los parajes y que estaba situado sobre una altura entre Albiztur y Tolosa, y entonces Bernardo exclamó: “Ésa es mi aldea”. “Tranquilo”, le dijo el obispo, “me acordaré de ti”. Después le enseñé el periódico que había traído el párroco de Albiztur. Y le solté a bocajarro la duda que me venía rondando toda la tarde:

–Porque serás verdaderamente el arzobispo de Valladolid...

El obispo se puso serio.

–No, el Padre Santo de Roma, si te parece.

Le habían puesto una foto de joven que él tenía retirada, y se mostró más preocupado por esa razón que por haber leído la noticia de que lo habían matado. Por fin, recuperó su humor: “Si estoy muerto, no tendré que cuidarme el corazón”, y me pidió un cigarro, en vista de que los suyos se le habían terminado. “Sí, sólo nos falta eso ahora, que te dé un ataque al corazón y que mañana los fascistas reciban un cadáver a lomos de un burro”. No le di el cigarro.

Al día siguiente, lo preparamos todo de buena mañana. Le dimos dos muletas al obispo, y Carmen, Ibarbia y yo,

acompañados de una pequeña escolta, subimos en coche hasta la línea del frente, en Santutxo. Fuimos con tiempo, y esperamos en la venta a que llegara la hora. Aún se oían tiros. En éstas, llegó el párroco de Albiztur. No venía solo, sino con una monja de edad similar a la suya. La presentó como su hermana, y añadió que no quería perderse la ocasión de saludar al obispo. El obispo saludó con gran alegría a la monja y al párroco.

—Soy un cadáver que goza de muy buena salud, como veis — bromeó con el párroco.

Este se disculpó alegando que él sólo sabía lo que ponía el periódico. El obispo le dijo que eso le pasaba por fiarse de esos papelotes, y que vaya fotografía le habían puesto, y los tres se echaron a reír. Tomaron sendos cafés con leche; Carmen y yo, vino; Ibarbia, una copa de coñac.

Un cuarto de hora antes de la hora señalada, el obispo nos llevó aparte a Carmen y a mí. Nos preguntó, sin más, si no queríamos casarnos, con el tono en que se pregunta a un niño si no querría unos caramelos. Con mucho gusto nos casaría él allí mismo. Le dijimos que no: “Casados, lo estábamos contigo hasta las diez, y a partir de las diez, nos sentiríamos viudos de por vida, pero libres. Cada cual por su lado, y se acabó. Eso será lo mejor”. El obispo nos dijo que, a partir de ese momento, íbamos a necesitar tener la suerte de cara. Lo de casarnos eran cosas de don Román, que le había confiado esa tarea. “Pero sin apremiaros, que el hombre está por encima”, le había

encargado que nos dijera literalmente. Que nosotros lo entenderíamos. El se limitaba a hacer lo que le habían dicho, nada más. Rezará por nosotros, no obstante.

Lo subimos a la enjalma, y nos bendijo encaramado ya a lomos del burro, en una postura ciertamente cómica. Le ofrecí mi petaca, pero él la rechazó, alegando que debía cuidar su corazón hasta Josafat. “Una vez allí, sí que te aceptaré ese tabaco”.

El tiroteo cesó de pronto, cuando dio la hora, y nuestro obispo inició la marcha precedido por el niño de la venta. “Ahora haced un buen almuerzo a mi salud”, fueron sus últimas palabras. Lo seguimos con la mirada hasta perderlo de vista, y, tal como nos había dicho, Carmen, Ibarbia, el párroco de Albiztur, su hermana y yo nos quedamos a almorzar. El párroco traía, también entonces, un ejemplar del periódico y, sacándoselo de la sotana, lo puso sobre la mesa, por si queríamos leerlo. Yo no conocía aquel periódico: La Voz de España. Según nos dijo el párroco, cuando los carlistas entraron en San Sebastián, requisaron el periódico republicano La Voz de Guipúzcoa y le cambiaron el nombre. Ahora era un periódico tradicionalista. El de aquel día era el primer número.

—Esperemos que no traiga noticias como la de ayer —le dije al párroco, y cogí el periódico.

Mientras los demás almorzaban, quise hojear un poco aquel periódico. Cuarenta requetés, al mando del capitán Ureta,

habían entrado en San Sebastián; José Luis Olaguíbel, fusilado; sendos discursos de Mola y Queipo de Llano; una foto de Irún en llamas; la Virgen de Izascun en procesión por las calles de Tolosa. Tras pasar rápidamente aquellas escasas hojas, tropecé, ya en la última página, con la foto del balcón principal de la Diputación engalanado con la bandera rojigualda. Me desagradaba profundamente el tono de los textos y, en vista de que tampoco las demás noticias eran demasiado buenas, cerré el periódico y se lo pasé a Carmen.

Llevaríamos una hora charlando tranquilamente, cuando entró el ventero, deshaciéndose en aspavientos:

—¡Ha pasado algo. El obispo viene de vuelta!

NO HABÍA FORMA de librarse de aquel obispo.

El caso es que allí estaba de nuevo, a lomos del burro. Lo vimos venir desde lejos, colina abajo, y salimos corriendo al camino que conducía a la venta. Venía sonriente, acomodado sobre la enjalma de un lado; las muletas, sobre el lomo del asno; en el otro lado de la enjalma, un tronco de abedul. Arreando al burro, el hijo del ventero de Santutxo.

Al llegar a la aldea ocupada por los militares, se había acordado de Bernardo. No podía dejar al cojo así, sin el tronco de abedul con el que soñaba, y había pedido, por razones humanitarias, al capitán que estaba al mando el tronco de abedul más liso posible, sin nodos ni nudos, de corteza blanca inmaculada. Al principio, el capitán se había negado en redondo, y hasta le había preguntado si se había vuelto loco: Hemos concedido dos horas de alto el fuego, y ya hemos consumido una”. Él le había dicho que, por ese lado, podía estar tranquilo, que él hablaría con nosotros; que éramos gente sana, un poco asilvestrados, pero sanos; él arreglaría otra hora sin tiros –“lo respetaréis, ¿no?”–, no era gran cosa, y ya dispondríamos después de tiempo suficiente para matarnos

mutuamente. El capitán enemigo había querido saber para qué quería ese tronco de abedul, y el obispo había inventado una mentira venial. Era para hacerle una pierna postiza a un potentado preso en Loyola: “El pobre tiene ese capricho. Y ha prometido que, si los nacionales entran en Loyola, él se acordará de los nombres de sus benefactores”. El caso es que, a base de esta y otras historias parecidas, el capitán terminó por comportarse con humanidad. El obispo había pedido el nombre al capitán para poder transmitírselo al potentado de Loyola, y el militar, sin dejar de maldecir entre dientes, ordenó a dos soldados que talaran un abedul. Cargaron el tronco a lomos del burro, y autorizaron al obispo a llevarlo al menos hasta Santutxo. Antes de partir, el capitán le insistió una y otra vez en que no se olvidara de hacerle llegar su nombre a ese potentado preso en Loyola.

Nos reímos de la ocurrencia del obispo, e Ibarbia comunicó a sus subordinados que el alto el fuego se prolongaba una hora más. Un gudari, provisto de un espejo, transmitió a los montes circundantes, en lenguaje morse, la orden de prolongar el alto el fuego.

Descargamos el tronco y, cuando nos disponíamos a despedirnos nuevamente del obispo, Carmen salió de la venta muy alterada. Traía el periódico abierto en la mano, y nos señaló la noticia. Venía insertada dentro de otra más larga, por lo que yo no había reparado en ella.

Ayudé al obispo a apearse. Tomó el periódico en sus manos, y leyó la noticia. Su rostro denotaba preocupación y pena. De pronto, tomé una decisión, y ordené al párroco de Albiztur y a su hermana:

–¡Desvestios, rápido! –y miré a Carmen.

“¿Qué? –preguntó el párroco, perplejo.

El obispo nos dedicó a Carmen y a mí una sonrisa picara.

“¿No lo habéis oído? ¡Que os desvistáis rápidamente! –les ordenó a su vez el obispo.

En aquel momento, me sentí como si hubiera despertado a media noche en plena pesadilla, y me vi, sin haber salido aún de un pozo helado, hundido hasta el cuello en un nevero.

LA VOZ DE ESPAÑA

Martes , 15 de septiembre de 1936

INTERCEPTADO UN PESQUERO CUANDO HUÍA A FRANCIA

BURGOS.— Nuestras fuerzas navales que operan en el Cantábrico apresaron anteanoche un pesquero de pabellón rojo que se dirigía a Bayona desde Zarauz. Los requetés del Virgen de Icíar, prevenidos de la fuga por mar de significativos elementos marxistas y separatistas ante la inminente liberación por parte de nuestro glorioso ejército de los pueblos de la costa guipuzcoana, avistaron al pesquero rojo Goixeko Izarra. Los requetés abrieron fuego inmediatamente. Tras el estruendo de los disparos, al verse perdidos los piratas, la barca contuvo su aliento y se detuvo agitada por fuerte balanceo. Fue tan breve la batalla como succulenta la presa: ocho nacionalistas vascos significados por su odio a España y once “mendigoitzales” perfectamente armados. Después de su detención en alta mar, se obligó al patrón a virar para poner rumbo al puerto de Pasajes.

Entre los detenidos se encontraba Román Eguiazabal, mal presbítero y peor español, conocido propagandista de las mortíferas doctrinas del nacionalismo vasco, de la antipatria y de esa pesadilla que se llamó “Euzcadi”.

Los detenidos, cómplices en el criminal empeño de causar dolor a España, buscaban en el mar, carentes de vocación guerrera, camino despejado para su doble traición: contra la Patria que quisieron asolar y contra sus amigos que no dudaron en abandonar.

Los prisioneros fueron trasladados al fuerte de San Cristóbal en Pamplona.

LA VOZ DE ESPAÑA

Viernes , 18 de septiembre de 1936

RECIBIMIENTO AL ARZOBISPO DE VALLADOLID

Procedente de Tolosa, llegó el miércoles a San Sebastián Monseñor Joaquín de Gorrochategui, Arzobispo de Valladolid, recién liberado de la horda roja y dado por muerto en la confusión de las primeras horas de la liberación de San Sebastián. El ilustre viajero llegó acompañado por su íntimo amigo el Dr. Oreja y dos religiosos de su séquito, todos ellos escoltados por elementos de Falange y del Requeté.

Según su propio relato, el prelado burló hábilmente a sus crueles carceleros y, en su accidentada huida del terror rojo-separatista, sufrió un infortunado accidente en el que se fracturó una pierna.

Tras descansar en la clínica del Dr. Oreja, fue objeto de un recibimiento oficial ayer jueves en el Ayuntamiento de la Ciudad.

En la instantánea que reproducimos lo vemos saludando a las Autoridades de San Sebastián, en compañía de sus dos

abnegados asistentes personales, un sacerdote y una religiosa, ambos de notable juventud, que contribuyeron eficaz y valerosamente al éxito de la arriesgada odisea del prelado.

Preguntado acerca de si tenía intención de reintegrarse inmediatamente a su Sede de Valladolid, o si albergaba intenciones de demorar su partida hasta el domingo, para así poder asistir al Tedeum que se rezará en la Basílica de Santa María, el prelado manifestó que, en primer lugar, debía atender un asunto particular que reclama su presencia en Pamplona. El Alcalde de San Sebastián, Excelentísimo Sr. D. José de Mágica y Mágica, le deseó una pronta recuperación de sus heridas y la mejor de las venturas en las gestiones que lo requerían en la capital navarra, símbolo y vanguardia de la nueva España y de la Cruzada.